LEALTAD DE UNA MUGER

Y

AVENTURAS DE UNA NOCHE,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

Su autor

DON JOSÉ ZORRILLA.



MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1840.

PERSONAS.

DON JUAN.
DON CARLOS.
DON PEDRO PEREZ DE PERALTA.
DON ANTONIO NOGUERAS.
GARCERÁN.
DOÑA MARGARITA.
BEATRIZ.
BRÍGIDA.
RANGEL.

Un gefe de los rebeldes de Barcelona. — Justicia. — Soldados. — Rebeldes. — Montañeses. — Pueblo.

La escena es en Vallirana, pueblecillo distante cuatro leguas de Barcelona, la noche del dia 12 de Marzo de 1461.

ACTO PRIMERO.

Calle y noche.—Casa en el fondo con puertas y balcones practicables; una imagen de Cristo en un nicho con un farolillo que alumbra la escena.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO. GARCERÁN.

D. PEDRO. ¿Y entrastes en la ciudad?
GARCER. Fuéme imposible, señor.
D. PEDRO. Tal vez te faltó el valor.
GARCER. No fue por miedo en verdad.
Mas es tanto el alboroto,
la alarma y el son de guerra,
que no hay un palmo de tierra
seguro en peña ni soto.
Mas de cinco mil jayanes
armados con picas y hoces
mostrando estan lo feroces
que son hoy los catalanes.
No temen ni Dios ni ley,
y sin otros requisitos
les dejo pidiendo á gritos
la cabeza de su rey.
D. PEDRO. ¿Tanto la asonada apremia?
GARCER. Señor, es en tal tumulto
cada razon un insulto,
cada grito una blasfemia.
Por el príncipe de Viana
rebeldes clamando estan,
y si al fin no se le dan

contra el rey salen mañana.

D. PEDRO. ¿A tanto se han de atrever?

GARCER. ¿Qué si se atreven? Señor,
ya iban al gobernador
cuando me vine, á prender.
Diputados la ciudad
al rey atrevida ha enviado,
á pedirle de contado
su fuero y su libertad.
No quieren otro señor
que el príncipe, y si les pican
han de osar, segun se esplican,
á desacato mayor.
Ya han puesto en las armas reales
unidos ambos blasones,
y estan hirviendo en pregones
las casas consistoriales.

D. PEDRO. Mas el príncipe en Pamplona
por el rey preso aun está.

GARCER. Pues ó libertad le da
ó el rey pierde á Barcelona.

D. PEDRO. ¿Y está el camino tambien
de Lérida interceptado?

GARCER. No estará, si aun no ha llegado
tierra adentro el somatén.
Mas si ya del atambor
rebelde oyeron la seña
no hay villa, lugar ni peña
por el rey don Juan, señor.

D. PEDRO. ¿Y no sabes escusada,
Garcerán, una vereda
que hasta el rey llevarte pueda?

GARCER. Es la noche tan cerrada
que por milagro será.

D. PEDRO. Mas si el rey por un descuido
ignora aun...

GARCER. Es perdido,
sobre él Cataluña va.

D. PEDRO. Pues advertirle es preciso.

GARCER. Hem... (*Remiso.*)

D. PEDRO. ¿Garcerán, no te atreves?
Ve que es fuerza que le lleves
tú de palabra el aviso.
¿Dudas?

GARCER. Dudo si llegar
hasta Lérida podré.

D. PEDRO. Mis caballos te daré
y los puedes reventar.

GARCER. No por caballos lo dejo,
que harto tengo con el mio,
que va cobrando mas brio
como va siendo mas viejo.
El mas astuto lebrel
no me atrapa en paz ni en guerra
si cuatro palmos de tierra
pongo entre mi jaco y él.
No temo á ningun tunante
que por la pista me siga,
mas sí, emboscada enemiga
que me tenga por delante.

D. PEDRO. Bien, pues tiempo no perdamos;
antes que mas se alborote
la tierra...

GARCER. ¿Yo tomo el trote
para el rey?

D. PEDRO. Y le salvamos.

GARCER. ¿Y le diré?

D. PEDRO. Que al momento
se ponga en fuga.

GARCER. Mas vos...

D. PEDRO. Aqui me quedo, por Dios,
leal á mi juramento.

GARCER. ¿Y si el bando montañés
descubre al fin vuestro nombre?

D. PEDRO. Moriré aqui como un hombre
navarro y agramontés.
Eso dile al rey don Juan
que aqui de atalaya estoy,
y que de aqui no me voy
si orden suya no me dan.

GARCER. Mas ved...
D. PEDRO. Que soy caballero,
que fé al rey he prometido,
y de cambiar su partido
pedazos me harán primero.
Eso dile, y que si falta
todo el reino á su corona
suya es la hacienda y persona
de don Pedro de Peralta.
Garcerán, monta á caballo,
toma (*Dale un bolsillo.*), y parte.
GARCER. A Dios, señor.
D. PEDRO. Y acuérdate que es mejor
ser muerto que mal vasallo.

ESCENA II.

DON PEDRO. Despues MARGARITA y BEATRIZ.

D. PEDRO. Prontas estarán mis gentes;
y si llega Garcerán
su intento no lograrán,
vive Dios los insurgentes.
MARG. Él es.
D. PEDRO. Margarita mia.
MARG. Caro esposo.
D. PEDRO. Á tiempo vienes.
MARG. Pedro, ¿qué azar me previenes
en esa faz tan sombría?
D. PEDRO. Al fin, decirlo es forzoso;
Margarita, te oculté
viniendo al campo el por qué
con afan bien misterioso.
Por evitar tu inquietud
con engaño manifiesto,
te dí siempre por pretesto
la estacion ó la salud.
MARG. ¿Pues qué otra causa pudiera...
D. PEDRO. Muy sencilla y muy leal;
yo sigo el bando real

y soy fiel á mi bandera.

MARG. Bien, Peralta.

D. PEDRO. A Barcelona
mandóme el rey espiar,
y traje á aqueste lugar
encargos de la corona.
Árdua prision en secreto
al venir me encomendó,
y estoy á cumplirla yo
por obligacion sujeto.
Tu amor, bella Margarita,
sin mí no se hallaba bien,
y á fé, hermosa, que tambien
te agradecí la visita.
Mas ya la tormenta crece,
y en motines rebelado
se declara el principado
contra el rey, segun parece.
En tal punto es ya preciso
que te vuelvas á Pamplona.

MARG. ¿Y tú?

D. PEDRO. Acecho á Barcelona
hasta posterior aviso.

MARG. ¿Con que yo me he de salvar
mientras en peligro quedas?
No, mientras partir no puedas
contigo me he de quedar.

D. PEDRO. Margarita, es escesivo
cariño; mi obligacion
es quedarme.

MARG. En afliccion
contínua, Peralta, vivo.
Cuando mi amor no me quita
el servicio de la ley,
mi amor me enagena el rey
y ahí se queda Margarita.
En contínuo sobresalto
dudo si mueres ó vives...
siempre desde el campo escribes
que hay encuentro, ó que hay asalto.

Si hoy aguardo un mensajero,
mañana por impericia
me dan falsa una noticia
que ni me importa, ni espero.
Hoy nos partimos de aqui;
mañana vamos allá,
y la vida se me va,
Peralta, en temer por tí.
Tu amor busco y no le hallo;
que al darte amorosas quejas
suena un clarin y me dejas
por la lanza y el caballo.

D. PEDRO. ¡Oh! ponderas, Margarita,
la exigencia de la ley,
que me necesita el rey
si el amor me necesita.
Y entiéndelo al fin mejor,
que en estas rebeldes guerras
yo le defiendo sus tierras
y él me defiende mi amor.
Entronizado el de Viana
por indolencia, ya ves
del partido agramontés
lo que sería mañana.

MARG. ¡Quién sabe! ese rey don Juan
que con empeño prolijo
persigue tanto á su hijo,
¿premiará al cabo tu afan?

D. PEDRO. ¿Y qué importa si me olvida?
¿obedecerle no es ley?
pues yo lidio por mi rey
mientras me dure la vida.

MARG. Padre que tanto se encona
con un hijo que se humilla,
olvidar no habrá en mancilla
á quién debe la corona.
Diz que el príncipe insolente
contra su vida atentó,
mas quien tal le levantó
traidor y villano miente.

D. PEDRO. ¿Qué te se alcanza, amor mio,
de esas quimeras, á tí?
Segura no estás aqui,
y en que partas me confio.
MARG. ¿Cuándo?
D. PEDRO. Esta noche.
MARG. Quizá
obedecerte me pesa.
D. PEDRO. Margarita, esto interesa.
MARG. Pues tú lo quieres será.
D. PEDRO. Apronta pues tu equipage
para dentro de una hora.
Tú, Beatriz, vé al hórreo ahora
y dile á Juan que se baje
al puente con los caballos,
que nos marchamos no noten
y en el lugar se alboroten
algunos malos vasallos.
BEATRIZ. Voy pues.
D. PEDRO. Id y despachad,
que mucho la noche avanza
y está toda mi esperanza
en su densa oscuridad.

(*Beatriz se va por la derecha. Don Pedro y Margarita entran en su casa por la puerta del fondo, y sale por la izquierda don Carlos embozado.*)

ESCENA III.

DON CARLOS.

¡Hay mas desventuras hoy,
pése á mi negra fortuna!
Ciérranseme una por una
las sendas que á seguir voy.
Ni fin ni esperanzas hallo
en suerte tan enemiga,
cayó muerto de fatiga
en el campo mi caballo.
¡Y ahora cuando por suerte
si dos leguas avanzara

acaso á evitar llegara
mi desventura... ó mi muerte!
¡Oh...! mas si Dios fue servido
disponerlo de otro modo,
Dios es el Señor de todo
y razon le habrá movido.
(*Viendo el crucifijo.*)
Señor, sabeis que mis quejas
en el afan de mis duelos
dirigí siempre á los cielos
de mi prision por las rejas.
Las estrellas solitarias
de cien noches, son testigos
que oré por mis enemigos
en mis humildes plegarias.
Erré y enmendé mi error;
agravié, mas satisfice;
cuanto pude, Señor, hice
hasta en mengua de mi honor.
Otorgué cuanto pidieron;
cedí, me entregué en sus manos,
y ellos entonces villanos
con mas audacia me hirieron.
Cuanto esperaba perdí...
(*De rodillas.*)
Señor, vuestra hechura soy;
si hay mas desventuras hoy
caigan si os contenta en mí.

ESCENA IV.

DON CARLOS. BEATRIZ.

BEATRIZ. (Nuestro viaje está dispuesto;
dentro de un hora partimos;
si viajamos ó si huimos
Dios lo sabe... ¿Mas qué es esto?
¿Alli de hinojos un hombre
casi á la puerta de casa?)
D. CARL. (*Viendo á Beatriz.*)
(Por favor diré á quien pasa

de este lugar me dé el nombre.)
Buena muger, perdonad;
¿mas diréisme dónde estoy?

BEATRIZ. ¡Brava cuestion por quien soy!
¿Forastero es?

D. CARL. Contestad.
¿Qué pueblo es este?

BEATRIZ. Me gusta
el modo de preguntar.

D. CARL. Ved si habeis de contestar,
ó id adelante.

BEATRIZ. (Qué adusta
condicion.) Es Vallirana.

D. CARL. ¿Dista Barcelona mucho?

BEATRIZ. ¿Vais allá?

D. CARL. Puede.

BEATRIZ. ¿Qué escucho?
No hagais tal; por el de Viana
se han alzado en rebelion,
y si sois de los del rey...

D. CARL. ¡Sí por cierto!

BEATRIZ. Pues no hay ley
que os liberte.

D. CARL. En conclusion,
¿cuánto dista Barcelona?

BEATRIZ. Tres horas.

D. CARL. Podeis decir
¿quién dé un caballo en que ir
hasta allá, si se le abona?

BEATRIZ. Yo conozco poca gente
de este pueblo.

D. CARL. Si quereis,
hoy enriquecer podeis
amigo, deudo ó pariente.

BEATRIZ. ¿Cómo?

D. CARL. Al que quiera un caballo
venderme en este lugar,
tanto oro le podré dar
que no sienta el ser vasallo.

BEATRIZ. ¡Oh! á mi señor no hace falta

el oro.

D. CARL. ¿Luego servís?

BEATRIZ. Y á un buen amo.

D. CARL. (*Con prontitud.*) ¿A quién, decís?

BEATRIZ. A don Pedro de Peralta.

D. CARL. ¡Peralta! (*Con interes.*)

BEATRIZ. (Pero qué digo.)

D. CARL. ¿Agramontés?

BEATRIZ. Sí por Dios.

D. CARL. ¿Conde?

BEATRIZ. ¿Conocéisle vos?

D. CARL. Mucho que sí; soy su amigo.
Mas callad.

BEATRIZ. ¡Ay! y á no ser
porque con su amigo dí
ya me iba á perder aqui
por mi lengua de muger.

D. CARL. Mas bajo.

BEATRIZ. Teneis razon,
que ahora bien se necesita
prudencia.

D. CARL. ¿Está Margarita
con él en esta ocasion?

BEATRIZ. Sí, mas antes de la aurora
á Pamplona nos volvemos.

D. CARL. ¿Cómo?

BEATRIZ. Caballos tenemos
para dentro de una hora.

D. CARL. ¡Gracias, fortuna!
(*La coge por distracion la mano.*)

BEATRIZ. ¿Qué haceis?

D. CARL. Escuchad; si á Margarita
dais aviso...

BEATRIZ. ¿Yo una cita?

D. CARL. Llamadla asi si quereis,
mas decidla...

BEATRIZ. No diré
ni el Credo.

D. CARL. Ved que me va
la vida aqui.

BEATRIZ. No será.
D. CARL. Pues un papel os daré.
Enseñádsele por Dios
y amparais á un desdichado.
BEATRIZ. ¡Y quién sabe...!
D. CARL. Si cuidado
os da, leedle.
BEATRIZ. Mas vos...
D. CARL. Nada teneis que temer;
el nombre que aqui va escrito
no tiene mas que un delito.
BEATRIZ. ¡Un delito!
D. CARL. Sí, el nacer.
BEATRIZ. ¿Pues quién sois?
D. CARL. Nada os importa;
mirad si el papel llevais,
que en él la vida me dais.
BEATRIZ. Vuestra esperanza es bien corta,
mas dadme acá ese papel
si es cierto lo que decís.
D. CARL. Tomad.
BEATRIZ. Pero si mentís
Dios os maldiga por él.
(*Beatriz toma el papel y entra en casa de Peralta.*)

ESCENA V.

DON CARLOS.

¡Oh! ¡gracias, Dios de bondad!
que en vuestra mente infinita
me habeis dado en Margarita
acaso la eternidad.—
No, no ha de ser tan villana
ni tan infame conmigo
quien fue consuelo y testigo
de las cuitas de mi hermana.
(*Pausa.*)
Porque, ¿qué vale en verdad

mi humildad y mi silencio
si yo propio me sentencio
con mi llanto y mi humildad?
Huiré lejos, muy lejos;
déme quien pueda un caballo,
y acaben, rey ó vasallo,
pesares ya tan añejos.

ESCENA VI.

DON PEDRO asoma al balcon que deja ver la luz con que se supone alumbrada la habitacion. DON CARLOS está de espaldas á él y casi debajo del Cristo que habrá en una esquina á la izquierda.

D. PEDRO. (*Mirando hácia la derecha.*)
Nada.—Rumor no se siente
á través del aire manso:
ni sosiego ni descanso
por el rey con esa gente.
Dejan al amanecer
los rebeldes la ciudad,
pero les lleva en verdad
gran ventaja mi muger.
Los caballos son briosos,
estraviados los caminos,
y fieles los campesinos
de esos pueblos montañosos.
¡Oh! sin azar llegarán;
y si al rey salvo igualmente,
por Dios que tranquilamente
los rebeldes me hallarán.
Mas veo en aquella esquina
un embozado en acecho...
y reza segun sospecho
ante la imagen divina.
La luz quitaré de aqui
porque la sombra me encubra,
no sea que me descubra
por espiarle, él á mí.
(*Queda el balcon á oscuras.*)

ESCENA VII.

Ábrese la puerta y sale MARGARITA *con velo, quedando esta y* BEATRIZ *un momento en el umbral:* DON PEDRO *vuelve á ponerse en el balcon en cuanto quita la luz, y* DON CARLOS *vuelve la cabeza al ruido de la puerta y voz de Margarita.*

MARG. (*A Beatriz.*)
¿Dices que me espera ahora?
BEATRIZ. (*A Margarita.*)
Al pie de aquel Cristo.
MARG. Al punto
vuelvo.
BEATRIZ. Alli está.
MARG. Y de este asunto
á tu amo...
BEATRIZ. Estoy, señora.
Le diré que el equipage
estais en vuestro aposento
arreglando, y un momento
retardaremos el viaje.
D. PEDRO. (*En el balcon.*)
Por Dios que abrieron la puerta
y vi con la luz escasa
salir alguien de mi casa.
BEATRIZ. La puerta queda entreabierta;
cuando volvais empujad,
y entrareis sin hacer ruido.
(*Beatriz cierra; Margarita se adelanta hácia don Carlos, y don Pedro hace un movimiento de atencion muy marcado.*)

ESCENA VIII.

DON PEDRO *en el balcon.* DON CARLOS *y* MARGARITA *en la calle.*

D. PEDRO. (Por Cristo que estoy corrido:

¿no es mi muger? Sí en verdad.)

MARG. ¡Mi señor...!

D. CARL. No me nombreis.

MARG. Las lágrimas á los ojos
siento al veros. ¡Siempre abrojos
bajo las plantas teneis!
¿Qué es de vos?

D. CARL. Tan desdichado
como siempre.

MARG. ¿Y vuestra hermana?

D. CARL. Prision con ira inhumana
en un convento la han dado.

MARG. ¿Y en cuál?

D. CARL. Es la voz comun
que en Tolosa gime ahora.

MARG. ¡Infeliz!

D. CARL. ¿Y vos, señora,
qué os haceis? ¿me amais aun?

MARG. Mas que nunca cada dia.

D. CARL. Sabreis pues mis desventuras.

MARG. Por noticias muy seguras,
y las lamento á fé mia.

D. CARL. Acaso vos solamente
mi corazon conoceis.

MARG. Y acaso de mí podeis
fiaros ya únicamente.

D. CARL. ¡Cuál me han tratado!

MARG. Lo sé.
¿Mas posareis mucho aqui?

D. PEDRO. (Les oigo hablar, pése á mí,
mas no les entiendo qué.)

D. CARL. Espero tan solo en vos
que esta noche me salveis.

MARG. ¿Oro, caballos quereis?
¡nadie os seguirá por Dios!
Mas don Carlos, vuestra tez
estraño en lo macilenta.

D. CARL. Mi juventud me atormenta
cual pudiera la vejez.
Con el alma destrozada,

con el cuerpo dolorido,
me pesa el haber nacido
á vida tan desgraciada.
¿Veis á la luz moribunda
de esa santa lamparilla
la palidez amarilla
que la mustia faz me inunda?
Pues lo que hacer no pudieron
las garras de las pasiones,
los hierros de las prisiones
y los pesares lo hicieron.
Llorais; ¡pobre Margarita!
me amais y os doleis de mí;
pero Dios lo quiso asi
en su justicia infinita.

MARG. Huid, señor.

D. CARL. Déjame hablar
un corto instante contigo,
que jamas tuve un amigo
con quien partir mi pesar.

MARG. ¡Ah! bien conmigo podeis
dividirle si eso os place,
que mas de veinte años hace
que aqui posesion teneis.

D. CARL. ¡Oh! y por escuchar tu acento,
por mirar un solo instante
la espresion de tu semblante
no hay dificil sufrimiento.
¡Al verte, al oirte hablar
que aun soy feliz me parece,
mi ser se rejuvenece,
vuelvo la existencia á amar!
Que es tan dulce á un desdichado
recordar lo que pasó,
que vivo un instante yo
soñando con lo pasado.

MARG. (*Con entusiasmo.*)
¡Ah! pues vivid y soñad
si os inspiro un blando sueño,
y ojalá pueda mi empeño

velaros la realidad.

D. CARL. ¡Cuán al vivo me recuerdas
las venturas que me huyeron,
Margarita! ¿Qué se hicieron
aquellas noches... te acuerdas?

MARG. ¡Si me acuerdo! cuán hermosa
estaba la infeliz Blanca.

D. CARL. Llanto de dolor me arranca
esa memoria preciosa.
La noche entera pasábamos
en dulcísimos cariños.

MARG. Como que éramos tres niños
y con afan nos amábamos.

D. CARL. Niños, sí, ¡cuán inocentes
entonces, cuán descuidados!
y despues ¡cuán desdichados!

MARG. Pero nunca diferentes
de aquellos tiempos dichosos
en que en brazos de la infancia
no salian de una estancia
nuestros planes ambiciosos.
Siempre nos hemos querido
como amorosos hermanos,
por mas que amaños tiranos
separarnos han podido.
¿Os acordais, no lo dudo,
de aquella sangrienta tarde
en que de un hombre cobarde
vos me servísteis de escudo?

D. CARL. Eso es de mas, Margarita.

MARG. ¿Y habeis acaso olvidado
que os anunció un embozado
en Lérida mi visita?

D. CARL. ¡Oh!

MARG. A vos no haberme acudido
y puesto á los pies del rey,
bajo el peso de la ley
sucumbiera mi marido.

D. CARL. No hay mas de aquello que hablar.

D. PEDRO. (De amores es la querella,

y por Dios Santo que de ella
jamas lo llegué á pensar.)

MARG. La vida ambos os debemos,
Perez de Peralta y yo.

D. CARL. ¿Habéiselo dicho?

MARG. No,
mas al fin se lo diremos
si á vuestra fortuna importa.

D. CARL. No, fuera menguado vicio
valerse de un sacrificio
que costó pena tan corta.
Y es tan tenazmente adicto
al partido agramontés
que echarse en sus manos es
muy peligroso á un proscripto.

MARG. Si es agramontés, es noble.

D. CARL. Por eso será leal,
y en salvar la causa real
será su conato doble.

MARG. Por mas que sea, señor,
apegado á su partido,
Perez con honra ha nacido
y nunca será traidor.
La vida le habeis salvado;
y aunque es para él un secreto,
él os valdrá en este aprieto
si no leal, obligado.

D. CARL. Cuán buena sois, Margarita,
de gracia y virtud cuán llena.

MARG. No sé, por Dios, si soy buena,
mas la injusticia me irrita.
Os veo desde la cuna
acechado y perseguido
mas que por mal merecido
por vuestra mala fortuna.
Yo la amiga fiel y sola
fuí de Blanca vuestra hermana,
y de olvidarla villana
no hubiera sangre española.

D. CARL. ¡Oh! y para quien la ha proscrito

no tiene ella sobre sí
mas que el parecerse á mí,
que ese es su único delito.

MARG. Vos fuísteis el protector
de mi honor en la horfandad;
conmigo en la soledad
ella partió su dolor,
y yo seré agradecida,
señor, á tantos favores,
si no cual sois acreedores,
con honra, haciendas y vida.
Enemigo es mi marido
de vuestra gente, mas voy
á arriesgar para vos hoy
cuanto valgo.—Os he pedido
me digais qué es lo que os falta.

D. CARL. Mas mirad bien...

MARG. ¿Qué quereis?
pedidme, que os salvareis
aun contra el mismo Peralta.

D. CARL. ¡Angel de mi triste vida...

MARG. Dejad plegarias agora,
y hablad de vos, que ya es hora.

D. CARL. Pues oid. Si á toda brida
corriendo la noche entera
y arriesgando mi persona
con el alba en Barcelona
acogerme al fin pudiera,
salvárame de una vez
de enemigos y traidores.

MARG. De los caballos mejores
de mi marido, escoged.—

D. CARL. Mas Peralta...

MARG. Antes sois vos,
y si vos de esta tormenta
os salvais, quedo contenta
aun pagando por los dos.

D. CARL. ¡Margarita!

MARG. Venid pues;
oro os daré y un caballo

con un guia que vasallo
de mis baronías es.

D. CARL. Del bien que ahora me haceis
será mi memoria inmensa.

MARG. Una sola recompensa
quiero por él que me deis.

D. CARL. Por mucho que sea, estoy
en que es mayor mi deseo.

MARG. Por si á Blanca mas no veo
decidla lo que hice hoy.

(*Vanse don Carlos y Margarita por la derecha; don Pedro al verlos marchar dice:*)

D. PEDRO. Zeloso estoy, vive Dios,
y avergonzado ademas.

(*Cierra el balcon y sale por la puerta diciendo:*)

La muerte llevan detras;
sino es sueño ¡ay de los dos!

(*Vase detras de ellos.*)

ESCENA IX.

Salen por el lado opuesto DON JUAN *y* NOGUERAS *armados.* DON JUAN *con armadura completa y calada la visera. Ocho ó diez soldados detras.*

NOGUER. (*A don Juan.*)
Dióle el caballo la vida,
que iba veloz como el viento;
yo le perdí en un momento
aunque corrí á toda brida.

D. JUAN. (*Impaciente.*)
Acabemos, vive Dios,
y sin hablar del caballo,
Nogueras, tan mal vasallo
ha sido él hoy, como vos.

NOGUER. Es injusticia; ¿esas nieblas
no veis? ¿qué mas pude hacer?

D. JUAN. Correr, Nogueras, correr
hasta hallarle en las tinieblas.

NOGUER. Mas en noche tan oscura,

sin práctica en los caminos,
darle caza de los pinos
entre la áspera espesura,
era imposible.

D. JUAN. ¿Eso mas?

NOGUER. A dar un punto la cara
por Cristo que le matara.

D. JUAN. Hiciéraislo por detras.

NOGUER. ¡A traicion!

D. JUAN. ¿No era lo mismo?

NOGUER. Soy cristiano, y tengo honor.

D. JUAN. No reza con un traidor,
Nogueras, el catecismo.
Si es la voluntad del rey
que muera ó se dé á prision,
cara á cara ó á traicion
cumpliais vos con la ley.

NOGUER. (*Con intencion.*)
Perdonad si digo mal,
¿mas tanta ira el rey tiene
que á cualquier medio se aviene
si vence?

D. JUAN. (*Despues de un instante de duda.*)
Todo es igual.
Con tal que muera en secreto
con visos de puro azar
(y quede el que pueda hablar
á eterna noche sujeto.)

NOGUER. Bien, pues dad que en mi arrebato
le alcanzo y le doy la muerte:
¿qué hiciera el rey si por suerte
en su lugar á otro mato?

D. JUAN. Fuera rebelde tambien
y con justicia muriera.

NOGUER. ¿Y si rebelde no era?

D. JUAN. Bien, Nogueras, está bien.
No hay mas en ello que hablar;
pues que al fin de cualquier modo
se escapó, se acabó todo,
salgamos de este lugar.

NOGUER. ¿Asi volveros quereis?
D. JUAN. Si no le habeis conocido
con la niebla, y él ha huido,
no sé qué remedio halleis.

ESCENA X.

RANGEL saliendo apresurado se pone delante de DON JUAN y NOGUERAS, como esperando que le pregunten.

NOGUER. ¿Qué es?
RANGEL. ¿Si para hablar licencia
me dais?
D. JUAN. Adelante.
RANGEL. Ya
cogido el rebelde está.
NOGUER. ¿Con verdad?
RANGEL. Con evidencia.
El caballo que tomó
de vuestra caballeriza
¿no era...
D. JUAN. Color de ceniza.
RANGEL. Cabos negros.
D. JUAN. Sí.
RANGEL. Pues yo
por la cerca del lugar
receloso gineteando
me le he topado espirando.
NOGUER. ¿Estais cierto?
RANGEL. A no dudar:
le hemos quitado la silla,
y de la falda escarlata
bordado está sobre plata
vuestro escudo en una orilla.
NOGUER. (*A don Juan.*)
(Él es pues.)
D. JUAN. (*A Nogueras.*) (Sin duda alguna.)
Mas segun la noche avanza
no le queda otra esperanza

que la noche y su fortuna.

NOGUER. Habrá dentro del lugar
hallado algun escondite.

D. JUAN. Pues es fuerza que se evite
que se nos vuelva á escapar.
Mas oye: ¿sabe quién es
esta gente el perseguido?

NOGUER. Ninguno.

D. JUAN. ¿Y me ha conocido
alguien?

NOGUER. No.

D. JUAN. Adelante pues.
El pueblo en redor cerquemos,
y que no quede por ver
casa ó choza.

NOGUER. Es menester
que la caza nó espantemos.
Yo en silencio nuestra gente
por do quiera apostaré,
y ó Nogueras no seré
ú os entrego al delincuente.

D. JUAN. Vamos pues.

NOGUER. Oye, Rangel,
haz las calles espiar
por peones, y si á dar
llegan por suerte con él,
ya que fugarse pretenda,
ya que se esconda ó resista,
el que le ponga la vista
que le siga ó que le prenda.

(*Vanse don Juan y los soldados primero; Nogueras y Rangel quedan solos en la escena á los últimos versos.*)

ESCENA XI.

Interior de una casa pobre; á la izquierda una alacena ó almario. A la derecha un balconcillo bastante bajo de antepecho. Luz artificial.

BRÍGIDA.

¡Con qué cuidado me tiene
mi Blas! — Tengo el corazon
en un hilo. — Las diez son,
válgame Dios, y no viene.
(*Asómase á la ventana.*)
Y esta noche cuántos ruidos
que suenan por el lugar...
y nada puedo alcanzar
por mas que soy toda oidos.
Este diablo de ventana
da nada mas que á un jardin,
luego este barrio es el fin,
lo peor de Vallirana. —
De manera que aunque se halle
medio de oir ó atender,
no puede una nunca ver
lo que sucede en la calle.
Pero en la escalera siento
pasos... ¡ay! ¿si será Blas?
(*Llaman á la puerta.*)
Llamaron... (*Otra vez.*) de prisa estás.
Allá voy... (*Otra vez.*) voy al momento.
(*Abre, y entra Margarita azorada como salió en la escena octava.*)
¡Dios mio!

ESCENA XII.

MARGARITA. BRÍGIDA.

MARG. Nada temais;

permitid que en vuestra casa
me oculte.

BRIGIDA. ¿Pero qué pasa?

MARG. Y tomad.

BRIGIDA. ¡Oh! ¿qué me dais?

MARG. Nada, guardadlo.

BRIGIDA. ¡Dinero!

MARG. Para vos.

BRIGIDA. Imposible es.

MARG. Lo dejo.

BRIGIDA. Dejadlo pues.

MARG. Mas salvarme es lo primero.

BRIGIDA. Mas ¿quién sois? ¿qué quereis vos?

MARG. Cerrad corriendo esa puerta.

BRIGIDA. Acabad, me teneis muerta.

MARG. Prestadme atencion por Dios.
Dentro de un instante un hombre
vendrá en mi busca quizá;
grueso, alto, cano, ¿estais?

BRIGIDA. Ya.

MARG. Aunque él mismo rey se nombre
no le abrais.

BRIGIDA. No le abriré.

MARG. Mirad que me va la vida.

BRIGIDA. (Ella está tan aturdida
que da compasion á fé.)

MARG. Mas tened cuenta y por Dios
que no los equivoqueis.

BRIGIDA. ¡Cómo!

MARG. Que entrar le dejeis.

BRIGIDA. ¿Al viejo?

MARG. No.

BRIGIDA. ¿Pues son dos?

MARG. ¿No dije...

BRIGIDA. De uno no mas.

MARG. Pues escuchad con cuidado,
tal vez vendrá otro embozadc.

BRIGIDA. ¿Delante de ese ó detras?

MARG. Delante ó detras, no sé,
mas al mancebo es preciso

que deis al punto un aviso.

BRIGIDA. ¿Y qué aviso?

MARG. Os le diré.
Que aquel de quien he huido,
aquel con quien él reñía,
que huya de él.

BRIGIDA. ¡Qué algaravía!

MARG. Que huya, sí, que es mi marido.

BRIGIDA. (Pues estamos bien, y yo
que...

MARG. ¿Llaman? no abrais sin ver
dónde me puedo esconder.
(*Llaman con fuerza muchas veces.*)

BRIGIDA. Tirará la puerta.

MARG. Aun no.
Aguardaos un instante.
(*Da con la alacena, se mete dentro, aparta la mesa, y hacen entre las dos lo que dicen los versos.*)
Cerradme en esta alacena.
Traed la mesa. (*La pone delante.*)
Estad serena.

BRIGIDA. (¡Habrá enredo semejante!)
Y si viniera mi Blas
entre tanta confusion...
(*Va á la puerta, y en el momento que la abre se entra don Carlos embozado.*)
¿Quién...? pues se entra de rondon.
(*Mirándole.*)
¿Será el de alante ó de atras?

ESCENA XIII.

MARGARITA, oculta. BRÍGIDA. DON CARLOS.

D. CARL. Decidme, buena muger,
¿no habeis abierto la puerta
á una dama?

BRIGIDA. (*Mirándole todavía.*) (¿Y quién acierta
cuál de los dos puede ser?)

D. CARL. Acabad por vuestra vida.

¿Dónde está?

BRIGIDA. ¿Quién?

D. CARL. Esa dama.

BRIGIDA. ¿Qué dama? ¿cómo se llama?

D. CARL. No hagais la desentendida,
porque yo la he visto entrar.

BRIGIDA. Serian vuestros recelos.

D. CARL. Apartad, viven los cielos,
que yo la entraré á buscar.

(*Don Carlos entra por la izquierda, cáesele el embozo, y Brigida, que no ha cesado de mirarle, dice:*)

BRIGIDA. ¡Ah! es el mozo.

ESCENA XIV.

Cuando todavia le está mirando, y apenas se ha ocultado DON CARLOS *de la vista del público, entra por la puerta, que aun tendrá abierta* BRÍGIDA, DON PEDRO, *que la dice de repente:*

D. PEDRO. Vive Dios
que aqui una muger ha entrado,
y despues un embozado:
decid dónde estan los dos.

BRIGIDA. (¡Dios mio!) Señor...

D. PEDRO. Por Cristo
que si niega...

BRIGIDA. Si en mi casa...

D. PEDRO. Yo sé lo que en ella pasa.

BRIGIDA. Nadie entró.

D. PEDRO. Yo les he visto.

BRIGIDA. Señor...

D. PEDRO. Despache.

BRIGIDA. Si aqui...

D. PEDRO. Yo por Dios los buscaré,
y si los hallo, yo haré
que no os olvideis de mí.

(*Vase á entrar don Pedro por otro bastidor de la izquierda, y vuelve á entrar don Carlos, con quien se encuentra cara á cara.*)

D. CARL. (Maldita mi estrella impía,
mi suerte está en manos de ella,
y pierdo necio su huella
cuando mas falta me hacia.)
D. PEDRO. (Él es.)
D. CARL. (¡Mas qué veo, cielos!)
D. PEDRO. ¡Caballero!
D. CARL. ¿Qué quereis?
D. PEDRO. De esta casa no saldreis.
D. CARL. ¿Quién lo estorbará?
D. PEDRO. Mis zelos.
¿Qué hicísteis de mi muger?
D. CARL. ¿Y es á mí á quien la pedís?
D. PEDRO. Con vos vino.
D. CARL. No.
D. PEDRO. Mentís;
y me la habeis de volver,
ó por Dios que os acuchillo.
D. CARL. (¡Habrá desdicha mayor!)
D. PEDRO. Decid, ó á vuestro valor
apelad.
D. CARL. Es mas sencillo. (*Riñen.*)
(Si no hay medio mas seguro
de huir que matar á este hombre,
nada al fin hay que me asombre,
mi mala fortuna apuro.)
BRIGIDA. ¿Y qué va á ser hoy de mí?
¡Cielos, socorro, socorro!
todo á alborotarlo corro.
D. CARL. (Mi suerte se cumple aqui.)

ESCENA XV.

DICHOS. RANGEL.

RANGEL. (No me engañé; él es; el mismo:
aqui mi astucia me valga.)
(*Se pone de parte de don Carlos.*)
¿Qué es aquesto, gente hidalga?
D. CARL. Quitad.

RANGEL. Eso es heroismo.
Soy con vos. (*A don Pedro poniéndose de su parte.*)

D. PEDRO. Quitad tambien.

RANGEL. Pues que reñís uno á uno
yo he de reñir por alguno,
y he de dar adonde den.

BRIGIDA. (*Dentro.*) Entren aqui.

RANGEL. (*Cayendo.*) Muerto soy.

D. CARL. ¿La justicia y ya hay un muerto...?
¿Ese balcon no da á un huerto?
Sí.

(*Don Carlos gana el balconcillo, salta por él con la mayor rapidez posible, y don Pedro colérico dice:*)

D. PEDRO. ¡Cobarde...! Tras él voy.
(*Vase tras él.*)

ESCENA XVI.

MARGARITA en la alacena. RANGEL tendido. BRÍGIDA. EL ALCALDE. JUSTICIA y GENTE.

BRIGIDA. Esta es, señores, mi casa,
y no sé por qué pecado
tanta gente en ella ha entrado,
duende ó diablo...

ALCALDE. ¿Mas qué pasa?

BRIGIDA. (*Viendo á Rangel.*)
¡Ay! ¡Dios de mi corazon!
¡Mirad!

UNO. Un hombre caido.

OTRO. Muerto está.

UNO. No mas que herido.

ALCALDE. A ver, daos á prision. (*A Brígida.*)

BRIGIDA. Pero, señor...

ALCALDE. O decid
quién aqui mató á ese hombre.

BRIGIDA. Si jamas supe su nombre.

ALCALDE. Pues á la cárcel venid.

BRIGIDA. Esperad, que yo os diré
lo que sepa. Ha poco rato
que entró con mucho recato
aqui una muger.

ALCALDE. Dad fé.

BRIGIDA. Al verla de miedo llena,
que apenas hablar podia
porque un hombre la seguía,
la metí en esa alacena.

ALCALDE. Véamosla pues.

(*Bájanse todos hácia la parte del teatro en que está la alacena, dejando espedito el paso de la puerta.*)

ESCENA XVII.

DICHOS. MARGARITA.

MARG. ¡Teneos!

ALCALDE. ¡Y con la cara tapada!
Descúbrase la taimada.

MARG. De mi desdicha doleos.

ALCALDE. Fuera el velo.

MARG. Por piedad,
que os compadezca mi llanto.

ALCALDE. Mostrad, ú os arranco el manto
sin...

MARG. Villano, no en verdad.
Si llega á poner en mí
la mano algun atrevido,
cuéntese de muerte herido.

ALCALDE. ¿Amagais?

MARG. De muerte, sí.

ALCALDE. Yo sé que manda la ley...

MARG. Tenga quien la ley auxilia
cuenta con una familia
que es tan noble como el rey.

ALCALDE. ¿Qué hacemos?

(*El alcalde se vuelve á los demas, que se encogen de hombros, y miran estúpidos á Margarita. Entre tanto llega don Pedro hasta donde estan.*)

ESCENA XVIII.

DICHOS. DON PEDRO.

D. PEDRO. (Pues que él halló
camino en la oscuridad,
ella pagará en verdad
lo que el galan no pagó.)
(*Se muestra al alcalde.*)
¿Me conoce? ¡Calle pues!
Mirando á su buena fama
y al secreto, de esta dama
mi casa la cárcel es.
Yo daré al juez mis razones,
y porque bien todos queden
llegarse á mi casa pueden
á tomar declaraciones.
(*Ofrece el brazo á Margarita con severidad, y ella le toma.*)
MARG. Valedme, santos del cielo.
D. PEDRO. Hidalgos, que os guarde Dios.
(*Vanse don Pedro y Margarita.*

ESCENA XIX.

EL ALCALDE. EL ESCRIBANO y los demas al rededor de RANGEL; le levantan, le desabrochan &c.

ALCALDE. Uno queda de los dos,
acudamos al del suelo.
UNO. Está sin herida alguna.
OTRO. Mirarle bien la cabeza.
OTRO. Callad, que á volver empieza.
EL 1.º ¡Tambien ha sido fortuna!

ESCENA XX.

DICHOS. DON JUAN. NOGUERAS, y gente de armas.

D. JUAN. (*A Nogueras.*)
¿Con que le hallaron?
NOGUER. Rangel
le ha seguido hasta esta casa.
D. JUAN. Veamos pues lo que pasa,
y si no ha dado con él
le empalo.
NOGUER. Mas héle ahí.
D. JUAN. (*Se acerca á Rangel, y asiéndole de un brazo le dice como de superior á inferior:*)
¿Qué es ello?
RANGEL. (*Levantándose y dejando de disimular.*)
¡Señor, sois vos!
D. JUAN. ¿Diste con él?
RANGEL. Con él dí.
¿Cercáisteis el pueblo?
D. JUAN. Sí.
RANGEL. Pues ya es nuestro, vive Dios.
(*Van á salir, y el alcalde se pone por delante.*)
ALCALDE. En nombre, hidalgos, del rey
se tengan.
NOGUER. Atras.
D. JUAN. Salgamos.
RANGEL. (*Encasqueta al alcalde el sombrero hasta los ojos de una palmada, diciéndole con mofa:*)
Donde nosotros estamos
nosotros somos la ley.

ACTO SEGUNDO.

Salon en casa de don Pedro de Peralta. Puerta en el fondo que da al interior y esterior de la casa. A la izquierda el gabinete de Margarita; á la derecha la habitacion de don Pedro: una ventana con reja; mesa, sillones &c. &c. Luz artificial.

ESCENA PRIMERA.

En el momento de alzarse el telon está BEATRIZ *cerrando la puerta del fondo por donde se supone que acaba de entrar, y se dirige hácia el gabinete de* MARGARITA.

BEATRIZ. Mucho mi señora tarda;
Dios me la saque con bien,
que si en el pueblo la ven
y soplan, buena la aguarda.
Voy por ahorrar detencion
á completar su equipage;
porque á fé que nuestro viaje
quiere priesa y precaucion.

(Entra en el gabinete quedando sola la escena por un corto instante, despues del cual aparecen don Pedro y Margarita del brazo; ella con velo y él embozado como salieron de la escena en el acto primero.)

ESCENA II.

DON PEDRO. MARGARITA.

D. PED. Bien, señora, muy bien por vida mia;
¿son estos los cuidados de una dama

por un hidalgo á quien la luz del dia
es menos cara que su limpia fama?
¿Esto es honra, es amor, es hidalguía?
Decidme, si acertais, ¿cómo se llama
la que vende su fé y amor primero
por el amor de un torpe aventurero?
¿Dó vais en medio de la noche oscura
despues de oculta y amorosa cita,
mientra el esposo de la amante inspira
vuestra fortuna y salvacion medita?
¡Los rebeldes temiendo por ventura
me iban á hacer la guardia, Margarita,
en avanzado puesto centinela
que vende á su señor mientras le vela?
¡Ira de Dios! Si noble no mirara
que sois una muger, un ruin gusano,
un reptil á quien necio acariciara
mientras cobarde me mordió la mano,
si de quien soy un punto me olvidara
y ser pudiera cuanto vos villano,
¿vuestra traidora liviandad no alcanza
la violenta esplosion de mi venganza?
Mas concluyamos de una vez, señora;
esta noche saldreis de Vallirana
bien guardada por gente que aun ignora
cuanto teneis de ingrata y de liviana.
Vuestro equipage disponed ahora,
que en un convento dormireis mañana;
de mí no os acordeis en adelante,
y estad pronta á partir... vuelvo al instante.
(*Vase por la puerta del fondo, cerrando por fuera.*)

ESCENA III.

MARGARITA.

¡Habrá apuro mayor...! y si entre tanto
sin mas amparo que mi pobre empeño
le apresan por rebelde... Cielo santo,
lo estoy palpando y me parece sueño.

¿Cómo tan presto nuestra cita supo
Peralta...? ¿Desde cuándo asi me espía?
Tanta desdicha en él tan solo cupo
si es que no lo hizo la torpeza mia.
(*Mirando por todas partes.*)
¡Si encontrara una puerta, una ventana!
¡si hubiese quien le diera algun aviso!
Si no parte, que al fin caiga mañana
en manos de unos ú otros, es preciso.
¡Imposible! ¡esta reja, este aposento
cerrados...! ¡oh! y creerá que le abandono;
y si el secreto revelar intento
á mi marido, ¡cuál será su encono!
¡Enemigo y rebelde...! No, Dios mio,
á salvarle, Señor, prestadme ayuda;
mas siento pasos... en la suerte fio
y espero mi ocasion atenta y muda.
(*Se sienta recatando el rostro, y al ver asomar á Beatriz por la puerta de su gabinete, da un grito de alegría yendo para ella.*)

ESCENA IV.

MARGARITA. BEATRIZ.

MARG. ¡Gracias, Dios mio!
BEATRIZ. Señora,
¿qué teneis? ¿qué ha sucedido?
MARG. Nada, Beatriz; te ha traido
sin duda un angel ahora.
BEATRIZ. ¿Pero qué pasa? ¿qué es esto?
MARG. Perez...
BEATRIZ. (*Interrumpiéndola, y ambas con mucho afan en lo restante.*)
Con el otro dió.
MARG. Y en la sombra nos siguió.
BEATRIZ. ¿Y os encontró?
MARG. Por supuesto.
Yo al lejos le conocí;
trabóse en la calle un duelo,

llegó gente, me eché el velo,
salí del tropel, y huí.
Siguióme astuto el doncel;
una muger me escondió,
mas mi marido llegó
á poco tiempo tras él.

BEATRIZ. ¿Y riñeron?

MARG. Sí por Dios;
mas el ruido dió noticia
del caso: fue la justicia...

BEATRIZ. ¿Y se salvaron?

MARG. Los dos.
Con el temor, con el ruido
yo no vi por dónde huyeron,
pero á mí me descubrieron
y al fin dí con mi marido.

BEATRIZ. ¡Santa Polonia nos valga!

MARG. Ahora, Beatriz, es preciso
que yo dé á ese hombre un aviso,
y de este aposento salga.

BEATRIZ. Pero señora...

MARG. ¿Qué hay pues?

BEATRIZ. ¿Y otra vez quereis salir?

MARG. A salvarle ó á morir.

BEATRIZ. ¡A morir! ¿tanto interes
os tomais en su afliccion?

MARG. Porque él su vida salvara
que me robasen dejara
cuanta hay en mi corazon.

BEATRIZ. Señora, estoy aturdida.—
Seis años há que en la casa
estoy, y lo que hoy nos pasa
no se me ocurrió en mi vida.
¡Una pasion tan violenta
guardábais tan en secreto
que yo jamas vi el objeto!

MARG. Tenga con lo que habla cuenta;
¿quién la dice que un galan
sea y no un desventurado?

BEATRIZ. ¿Cuándo un infeliz ha dado

á una muger tanto afan?

MARG. Pues que se salve es forzoso,
sea quien quiera.

BEATRIZ. Vedlo vos.

MARG. (*Viendo las llaves que tiene Beatriz á la cintura.*)
¿Tienes llaves?

BEATRIZ. Tengo dos.

MARG. ¿Son?

BEATRIZ. De ahí una. (*De la puerta del fondo.*)

MARG. ¡Dios piadoso!
Pronto, Beatriz, este manto
ponte.

(*Margarita la pone de grado ó por fuerza el guardapies negro y la ata por la cintura su manto, cuya operacion dura hasta el fin de la escena, que irá con toda la posible celeridad.*)

BEATRIZ. ¡Yo!

MARG. Y esta basquiña.

BEATRIZ. ¿Y el amo?

MARG. Antes de la riña
volveré yo.

BEATRIZ. ¡Cielo santo!
Va al punto...

MARG. Déjale, y calla
por mucho que te amenace.

BEATRIZ. ¿Con que yo soy quien fuego hace
y vos ganais la batalla?

MARG. Por mas que venga furioso...

BEATRIZ. ¡Santo Cristo de la Vega...!

MARG. Tú calla siempre, y si llega
el caso á mas, con brioso
acento, y nada te asombre,
dile que te vengarás,
acusándole ademas
de la muerte de aquel hombre.

BEATRIZ. Mas...

MARG. Silencio; trae la llave.

BEATRIZ. ¿Con que yo sin culpa alguna...

MARG. Es un golpe de fortuna.

BEATRIZ. ¿Mas hay razon...
MARG. ¡Dios lo sabe!

(*En estos cuatro últimos versos, Beatriz suplicando, Margarita huyéndose de ella, llegan á la puerta, ábrela Margarita, y dejando dentro á Beatriz sale por fuera. — Beatriz vuelve despues al centro del teatro, y se sienta resignada en el sillon, quedando sobre poco mas ó menos como quedaba Margarita cuando salió don Pedro de la segunda escena.*)

ESCENA V.

BEATRIZ.

¡Se dará suerte mas perra!
¡con que por salvarse mi ama
sin atender á mi fama
á mí en su lugar me encierra!
¿Y qué se dirá de mí
cuando sepan que me salgo
de noche con un hidalgo?
¡Y al cabo si fuera asi!
pase... ¡pero que al estar
arreglando el aposento
sin maldito del intento
de ver ni de gulusmear,
culpada he de parecer
tan solo por la torpeza
de ir á asomar la cabeza
cuando no era menester!
¡Y ella! ¡mi ama...! ¡habrá valor!
tras tanta gazmoñería
á su marido vendia.
¡Dios le ayude al buen señor!
¡Mas suben...! él es quizás...
¡me cubro! ¡enemiga estrella!
es muger, y haré por ella
lo que pueda... nada mas.

ESCENA VI.

BEATRIZ. DON PEDRO.

D. PEDRO. Ya los caballos estan
preparándose en la oscura
noche, y con planta segura
al convento os llevarán.
¿Qué decís? ¿no hallais, señora,
una disculpa que darme?
¿ó aun mas quereis ultrajarme
con vuestro silencio ahora?
¡Está bien! ¡muy bien por Dios!
si os empeñais en callar
al fin tendré yo que hablar
la última vez por los dos.
Yo os amaba, Margarita,
mas que á la luz de mis ojos;
dí siempre á vuestros antojos
una importancia infinita.
No hubo fiesta ni torneo
en que por veros contenta
galan no tuviera en cuenta
vuestro mugeril deseo.
No hubo una lengua atrevida
que á vuestra conducta osara,
que al punto no me pagara
la insolencia con la vida.
No hubo juglar ni cantor
con cuyos cuentos holgarais,
cuyos cuentos no gozarais
del invierno en el rigor.
Constante en vuestro cariño,
á vuestro amor bien lëal,
siempre os traté por mi mal
como á un caprichoso niño.
Vuestro antojo era mi ley,
vuestra inclinacion mi guia;
en mayor cuenta os tenia
que á mi patria y á mi rey.

Por vos tenaz cortesano
aglomeré en mis blasones
honores y distinciones
que hoy estima el mundo vano.
Por vos á la lid bajé;
y vencido ó respetado,
por daros marido honrado
de contínuo me afané.
Con vuestra escasa nobleza
enamoróme, señora,
vuestra beldad seductora
casi hundida en la pobreza.
Que bien sabeis que en su corte
una princesa os tenia,
mas que por vuestra hidalguía
por vuestra virtud y porte.
¡Y al cabo esposa liviana
mintiendo virtud y amor
habeis hecho de mi honor
mercadería villana!
¿Qué hicísteis del corazon
de que yo presente os hice?

BEATRIZ. (Pues si es verdad lo que dice
á fé que tiene razon.)

D. PEDRO. ¿En callar os ostinais?
¿es decir que vuestra culpa
no puede tener disculpa,
ó arrepentida no estais?
¿Es decir que pues carezco
de buena ó mala respuesta,
ó no la teneis dispuesta,
ó de vos no la merezco?
¿Es decir que á mí orgullosa
con vuestro crimen estais,
y que á vuestro encierro vais
muger vil, é ingrata esposa?
¡Muerte aqui mismo no os doy
en un arrebato insano,
porque me tiene la mano
ver quién sois, y ver quién soy.

(*Beatriz hace un movimiento de temor.*)

¡Temeis! ¡recatais la cara
de ese velo en la doblez!
teneis razon; si otra vez
le mostrarais, ¡os matara!
Vedla, sí, que tan bella
como es por mi desventura,
no viera mas que impostura,
infamia y vergüenza en ella.
Venid, señora, conmigo:

(*Beatriz permanece inmóvil.*)

¿qué haceis? ¿me insultais de intento?

BEATRIZ. (Ahora me lleva al convento.
Yo canto.)

D. PEDRO. ¿Oís lo que os digo?

BEATRIZ. Señor...

D. PEDRO. Seguidme y callad,
que en el dolor con que lucho...

(*Don Pedro la coge de la mano, y al llegar los dos á la puerta se oye por dentro la voz de Margarita. Don Pedro suelta á Beatriz al oirla y abre.*)

MARG. (*Dentro.*)
Peralta.

D. PEDRO. ¡Cielos, qué escucho!

MARG. (*Dentro.*)
¡Peralta!

D. PEDRO. (*Abriendo.*)
¡Es ella en verdad!

ESCENA VII.

DON PEDRO. MARGARITA. BEATRIZ.

BEATRIZ. (Gracias á Dios que respiro.)

MARG. (*A don Pedro.*)
Bajárasme á despedir,
que ya es hora de partir
á Pamplona... ¡Mas qué miro!
¡Una muger! por mi vida,
Perez, que á haberme pensado

que estabais tan ocupado
me ahorrara la despedida.
¡Para partirme á Pamplona
es aquesta la razon!
¡Es esta la rebelion
que ha estallado en Barcelona!

D. PEDRO. (*Confuso.*)
Si estoy soñando no acierto.
Respondedme, Margarita,
¿no habeis salido á una cita?
¿no...

MARG. ¿Me insultais?

D. PEDRO. No por cierto.
Es un misterio espantoso,
una fatal realidad.
(*Con afan.*)
¿No habeis hablado en verdad
con un galan misterioso?
¿no entrásteis en una casa
donde ocurrió una pendencia,
donde entró...

MARG. Tanta insolencia
de raya, Peralta, pasa.
¿Eso á mí me preguntais
con tan torpe atrevimiento,
y solo en este aposento
con esa muger estais?
¿Mal hidalgo y mal marido
me ibais villano á engañar,
y aun me quereis achacar
lo que habeis vos cometido?
¿A mí cuentas me pedís
de vuestros locos amores?
¿Y han sido vuestros mayores
de noble raza? — Mentís.
Aborto de agenas faltas,
por un error ó un descuido
habeis, don Pedro, nacido
en casa de los Peraltas.

D. PEDRO. ¡Margarita! Vive Dios

que si otro tal me dijera
aqui pedazos le hiciera,
y... agradecedmelo vos.

MARG. ¡Cómo!

D. PEDRO. (*A Beatriz.*)
De dudas salgamos.
¿Quién sois? descubrios... presto;
pues vos sois la causa de esto,
qué es aquesto os preguntamos.
Esta muger es mi esposa,
dadla de esto una razon,
sacadnos en conclusion
de esta duda escandalosa.

MARG. (*A Beatriz que, aunque dudosa, va á alzarse el velo.*)
Teneos, no os descubrais;
ya entiendo vuestras marañas;
unas facciones estrañas
sin duda á mostrarme vais;
no las podré conocer,
y vos vais á concluir,
buen Peralta, con decir
"no conozco á esta muger."
No, bien está como está;
de ambos satisfecha quedo.

BEATRIZ. (¡Válgame Dios y qué enredo
de golpe ensartando va!)

D. PEDRO. (*A Beatriz.*)
Señora...

BEATRIZ. (Este es otro apuro.)

D. PEDRO. El rostro una vez mostrad,
y por Cristo atestiguad
que no os conozco, (*A Margarita.*)
¡os lo juro!

MARG. Eso mas, viven los cielos,
hombre imbécil, que por Dios
que siento ahora hácia vos
desprecio y mengua, no zelos.

BEATRIZ. (Salgamos pronto de aqui
antes que el diablo la enrede.)

(*Fingiendo un poco la voz, pero sin que toque en el ridiculo, á don Pedro.*)

Vuesa merced con Dios quede.

D. PEDRO. ¿Asi os vais, señora?

BEATRIZ. Sí.

Sin culpa en aquella muerte,
pues sois vos quien le mató,
libre de pena estoy yo
si bien su merced lo advierte.
Pues parte no tengo alguna
en vuestro fatal error,
dejadme salir, señor,
y válgame mi fortuna.

D. PEDRO. Mas sola...

BEATRIZ. Soy española,
casa tengo, y pues salir
sola me han visto, he de ir
á mi casa otra vez sola.

D. PEDRO. Pero...

BEATRIZ. Dejadme.

D. PEDRO. ¿Y no habeis
de decir...

BEATRIZ. Es mi secreto.

MARG. (No salió mal del aprieto.)
Mejor es que la dejeis,
que pues ya de cualquier modo
compostura haber no puede,
que se vaya ó que se quede
es igual para mí todo.

(*Coge Margarita á Beatriz, y llevándola á la puerta la dice en voz alta:*)

Id, y si en mi casa os hallo
preparaos á morir.

(*Al oido.*) (Vé á Juan corriendo á decir
que me ensille otro caballo.)

(*Cierra la puerta con ímpetu, y vuelve á la escena.*)

ESCENA VIII.

MARGARITA. DON PEDRO.

D. PEDRO. (Por Dios que me desatinan
aventuras tan estrañas.)
MARG. (Si no le salvan mis mañas
esta noche le asesinan.)
Pedro Perez de Peralta,
escuchadme atentamente,
y lo que voy á deciros
tened en memoria siempre.
D. PEDRO. Concluyamos, Margarita.
MARG. Tenga la lengua si puede,
y escuche atento una vez.
D. PEDRO. Pues no hay remedio, sed breve;
(*Se deja caer en un sillon.*)
mas no olvideis que os escucho,
aunque sentado, impaciente.
MARG. Sabeis que en hidalga cuna
nací, y por ello me deben
sino amor, quien no lo tenga,
respeto: ¿quién se me atreve?
D. PEDRO. ¡Señora...!
MARG. Por vos lo digo,
que torpe esta noche, Perez,
manchado habeis vuestros timbres
de leal y de valiente.
D. PEDRO. Mirad...
MARG. ¿No sabes, Peralta,
que el honor de las mugeres
es un castillo cerrado
que sus maridos defienden?
D. PEDRO. Pero...
MARG. ¿Y no sabes, Peralta,
que el necio que desguarnece
de este alcázar las troneras
sus puertas abre y le vende?
D. PEDRO. Pero...

MARG. ¿Y no sabes, Peralta,
que al casarnos, mútuamente
á tí te dijeron: — ¡guárdala!
y á mí: — quien te guarde tienes?

D. PEDRO. Pero...

MARG. ¿Y no sabes, Peralta,
que el que á su muger ofende
no es leon que la custodia,
sino monstruo que la muerde?

D. PEDRO. Pero...

MARG. ¿Y no sabes, Peralta,
que nunca amorosas pueden
dividir un mismo lecho
la paloma y la serpiente?

D. PEDRO. Pero...

MARG. ¿Y no sabes, Peralta,
que está Margarita Tellez
muy mal entre su honra limpia
y los amores de Perez?

D. PEDRO. Pero...

MARG. Y no sabes, Peralta...

D. PEDRO. Pero...

MARG. ¡Calla!

D. PEDRO. ¡Escucha!

MARG. ¡Tente!
que pues no eres, vive Dios,
ni el que su alcázar guarnece,
ni el noble leon que vela,
sino quien su alcázar vende
y el necio que su honra escupe
y la serpiente que muerde,
yo me voy á mi convento
despues de invocar las leyes. —
Beatriz.

D. PEDRO. (*Entre confuso y cólerico.*)
(Dios de justicia,
¿qué infernal misterio es este
que cuanto mas le sondeo
menos mi afan le comprende?)

ESCENA IX.

DON PEDRO, sentado en siniestra meditacion.—BEATRIZ. MARGARITA.

BEATRIZ. ¿Qué mandais?
MARG. Dobles caballos
apronten y doble gente,
que todos juntos partimos.
BEATRIZ. ¿Todos?
MARG. A la corte.
BEATRIZ. Puede.
MARG. Calle y váyase la necia.
(¡Ay de tí si me obedeces!)

ESCENA X.

DON PEDRO. MARGARITA.

MARG. Peralta, vuestro equipage
disponed cuando quisiereis;
esta noche partiremos
á ver al rey juntamente,
y... ahoguemos uno del otro
las memorias para siempre.
(*Entra en su gabinete con señales marcadas de indignacion, y dice abriendo la puerta:*)
Esto es dar al tiempo, tiempo,
y el que tiene tiempo, tiene.

ESCENA XI.

DON PEDRO.

¡No lo entiendo, por Dios! ¿con que no era ella?
¿mas yo no los seguí? ¡Oh! estoy seguro
que no perdí ni equivoqué la huella
por ruin crucero ó callejon oscuro.
Dos veces se ocultó; dos á encontralle

volví, y tras dél veloz gané la casa
y el mismo hallé con quien reñí en la calle
de las estrellas á la luz escasa.
Allí estaba tambien ella escondida;
no alcanzo en qué lugar del aposento,
mas oíla al subir, y por mi vida
que era su voz y conocí su acento.
La así del brazo, la arrastré conmigo,
vine, subimos, la dejé cerrada,
no hice mas que bajar hasta el postigo,
y al volver, no era ella la tapada.
Viéndolo estoy y dudo si lo veo;
¡no atino ¡vive Dios! si estoy soñando...!
¡Ah! no que dudo, que deliro creo,
pues no comprendo lo que estoy palpando.
Mas yo daré con el misterio infame;
y si á encontrar con quien me burla llego,
aunque al infierno en su socorro llame
ni la amenaza le valdrá ni el ruego.

(*Llamando.*)

¡Beatriz!

ESCENA XII.

DON PEDRO. BEATRIZ.

BEATRIZ. ¿Qué mandais, señor?
D. PEDRO. Ven acá y cierra esa puerta.
BEATRIZ. (Todo lo sabe, estoy muerta.)
D. PEDRO. Respóndeme; y por mi honor
que si ocultas la verdad
en lo que á exigirte voy,
Beatriz, á empezar vas hoy
tu viaje á la eternidad.
¿Esta noche Margarita
no salió?
BEATRIZ. Yo no la vi.
D. PEDRO. ¿Pues por quién si no por tí
pudieron darla la cita?
BEATRIZ. ¿Pero qué cita, señor,

que de lo que hablais no sé?

D. PEDRO. ¿Te burlas, Beatriz?

BEATRIZ. No á fé.
(Trémula estoy de pavor.)

D. PEDRO. No hay mas que los tres en casa,
de ella salió una muger;
ó tú ó ella habeis de ser,
y de entre las dos no pasa.
Si tú no abriste la puerta
has de saber quién la abrió;
quién fue confiesa, ó de no
cuéntate, Beatriz, por muerta.

BEATRIZ. Pero ved, señor...

D. PEDRO. Lo dije;
aqui una muger habia;
¿quién fue, pues no era la mia?
hablas ó mueres, elije.

BEATRIZ. Os diré pues lo que sepa,
y tenedme compasion.
(Espiaré su intencion
con cuanta fortuna quepa.)
Al hórreo, señor, bajé
á llevar orden á Juan
de vuestra parte...

D. PEDRO. ¡Qué afan!
no pregunto eso.

BEATRIZ. ¿Pues qué?

D. PEDRO. ¿Cuando del hórreo volviste,
responde, al ir ó al venir
en casa entrar ó salir
alguna muger no viste?

BEATRIZ. Señor, perdonad si anduve
algo en volver perezosa,
que de la noche medrosa
compaña esperando estuve.

D. PEDRO. Voto á...

BEATRIZ. Azorada volví;
mas cuando á avisaros iba,
en estos cuartos de arriba
gran son de querella oí.

Miré por el agujero
de la llave, os vi á los dos,
y no me atreví por Dios
á meterme de tercero.

D. PEDRO. ¿Pero no viste salir
de este cuarto una tapada?

BEATRIZ. Yo, señor, no he visto nada,
porque verdad á decir,
como amantes quimerillas
nadie importa que examine,
me volví por donde vine
despacito y de puntillas.

(*Un momento de silencio, en que Beatriz observa á don Pedro, y este medita desesperado.*)

D. PEDRO. Está bien. Tarde ó temprano
la verdad he de saber;
y si eres tú ó mi muger,
no teneis remedio humano.
No he de cesar en mi afan;
y aunque me cueste la vida,
sino doy con la escondida
he de dar con el galan. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

BEATRIZ.

De tan peligroso apuro
por un milagro salí;
si da con ello ¡ay de mí!
me hace añicos de seguro.
Temblando estoy todavía.—
Conforme me preguntaba,
cuanto mas disimulaba
mas su intencion me temia.
Lo que á mí me asombra mas
es ver cómo en este asunto
tal papel hago que un punto
no puedo volverme atras.
Si descubro el galanteo

él descubre la escondida;
y en ambos casos mi vida
de un pelo colgada veo.
Quién tiene razon no sé,
mas del hidalgo y la dama...
allá voy... serviré al ama,
y si da mal, cambiaré.
(*Va á la puerta del gabinete de Margarita y llama.*)
¿Señora?

ESCENA XIV.

BEATRIZ. MARGARITA.

MARG. ¿Eres tú?
BEATRIZ. Yo soy.
MARG. ¿Estan los caballos ya?
BEATRIZ. Con ellos al puente va
Juan.
MARG. Beatriz, sin alma estoy.
¿Y de ese infeliz qué es?
BEATRIZ. No lleva la mejor parte,
segun calculo.
MARG. Á informarte
de su suerte corre pues.
BEATRIZ. ¿No es rebelde al rey don Juan?
MARG. ¿Qué te importa?
BEATRIZ. Es que hay soldados
en el lugar, que apostados
por los de Navarra estan.
MARG. (¿Esto mas, cielos?) No importa,
una carta á precaucion
tengo, y aunque en conclusion
es esperanza bien corta,
cómo has de dársela ve.
BEATRIZ. Es vano empeño, señora,
que está hecho un Argos ahora
vuestro esposo.
MARG. Ya lo sé;
mas asomada al balcon

puedes la calle espiar,
y si es que acierta á pasar...

BEATRIZ. Entiendo mi obligacion.

MARG. Mas mira si á pesar de esto
antes que él llegue á venir
puedes tú acaso salir
tras él con cualquier pretesto.

BEATRIZ. Asi lo haré, descuidad.

MARG. Que entre en casa no permitas,
y cuenta que de él me admitas
oro ó papel.

BEATRIZ. No en verdad.

MARG. La última razon espero
en mi cuarto. (*Entra en él.*)

BEATRIZ. Lo haré asi.
Que tengo yo para mí
que si esto se alarga muero.

(*Asómase don Pedro á la puerta, y viendo á Beatriz con el papel en la mano, escucha estos cuatro versos y sale.*)

D. PEDRO. Basta de misterios ya,
y harto hay con un escondite,
que si toma su desquite
don Pedro...

ESCENA XV.

BEATRIZ. DON PEDRO.

D. PEDRO. Le tomará.

BEATRIZ. ¡Cielos!

D. PEDRO. Venga ese papel.

BEATRIZ. Señor...

D. PEDRO. El papel.

BEATRIZ. Tomad.

D. PEDRO. Aqui sabré en realidad
quién es ella, ó quién es él.

(*Lee.*) "Un caballo prevenido
»teneis en el puente.—A Dios,—
»y ved que os persiguen dos,

»los del rey y mi marido.»
Quien escribe es Margarita.
(*A Beatriz.*)
Salid.

BEATRIZ. (Por todo atropella.) (*Vase.*)

ESCENA XVI.

DON PEDRO, despues de un momento de reflexion.

Acudo primero á ella
y aseguro al de la cita.
(*Se sienta y guarda el papel.*)
¡Dadme paciencia, Dios mio!
¡Margarita! (*Llamando.*)

ESCENA XVII.

DON PEDRO. MARGARITA.

MARG. ¿Qué me quieres?
D. PEDRO. (No sé cómo me contengo,
vive Cristo.) Que te sientes.
MARG. (¿Si habrá cogido la carta?
Disimulemos.)
D. PEDRO. (La imbécil
quiere fingir todavía;
mas sorprendido el billete
á mí me toca esta vez.)
(*Alto.*) ¿Tienes, querida, presente
cuánto tiempo há nos casamos?
MARG. Seis años y algunos meses.
D. PEDRO. Pues eso ha que nuestra honra
nos prestamos mútuamente.
MARG. (El alma tengo en un hilo.)
D. PEDRO. Dime, ¿y esto cuántas veces
si se pierde se recobra?
MARG. ¿Pero, á qué viene esto, Perez?
D. PEDRO. ¿Sabes, Margarita mia,
que cada sentido tiene

una puerta por do sale
nuestra honra y nunca vuelve?

MARG. Pero...

D. PEDRO. ¿Y sabes, Margarita,
que no sois mas las mugeres
que un alcázar en que la honra
guardada los hombres tienen?

MARG. Por Dios, Perez, que no alcanzo
lo que con eso pretendes.

D. PEDRO. ¿Sabes que un alma con honra
otra alma con honra quiere,
porque es justo que se guarden
las reinas para los reyes?

MARG. Pero...

D. PEDRO. ¿Y sabes, Margarita,
que el marido que la pierde
compra una marca de infamia
que lleva en el rostro siempre?

MARG. Pero...

D. PEDRO. ¿Y sabes, Margarita,
que en tanto que no la vengue
ni de hidalgo ni de hombre
el vano nombre merece?

MARG. Mas yo...

D. PEDRO. ¿Y sabes, Margarita,
que si por ella no vuelve
hasta las dueñas escupen
de su blason los cuarteles?

MARG. Pero...

D. PEDRO. ¿Y sabes, Margarita,
que ha nacido hidalgo Perez,
y no ha de vivir sin honra
aunque al mismo Dios le pese?

MARG. ¡Cielo!

D. PEDRO. ¿Y sabes, Margarita,
que un remedio hay solamente
para dolencia tan grave?

MARG. Pero escucha.

D. PEDRO. ¿Y que es la muerte?

MARG. Pero...

D. PEDRO. ¡Silencio...!
MARG. Oye...
D. PEDRO. ¡Calla!
mas hablando no me afrentes,
y lee si te queda aliento,
Margarita, estos papeles.
MARG. ¡Santo Dios! (Ganemos tiempo,
y en su misma red se prende.)
(*De rodillas.*)
¡Perdon, Perez! ¡á tus plantas
me arrastraré eternamente!
D. PEDRO. ¿Y el polvo en que tú te arrastres
podrá mi honra volverme?
MARG. ¿Lloraré al pie de tu lecho
velando mientras tú duermes?
D. PEDRO. ¿Y qué sueño ha de acudir
á quien sin honra se acueste?
MARG. ¡Seré menos que tu esclava,
besaré el polvo que huelles!
D. PEDRO. ¿Y qué harás con esas manos
que toman esos billetes?
MARG. ¡Perdon!
D. PEDRO. La vida que llevas
que te perdone agradece,
y prepárate á enterrarla
en un claustro para siempre.

ESCENA XVIII.

MARGARITA.

¡Terrible apuro por Dios!
Si me confio y me vende,
ambos á dos nos perdemos,
porque Peralta no cede.
No se lo digo, imposible;
es un proscripto, un rebelde,
y Perez con un contrario
ni transige ni conviene.
No, sola le he de salvar,

y si al cabo me sorprende,
á todo estoy ya resuelta,
le diré cuanto le debe:
y si aun se niega ostinado,
entonces, ¡cielos, valedle!
que vuestros altos designios
mas que mis intentos pueden.
¡Beatriz! (*Llamando.*)

ESCENA XIX.

MARGARITA. BEATRIZ.

BEATRIZ. Señora...
MARG. ¿Y Peralta?
BEATRIZ. En la calle.
MARG. Atentamente
acecha por dónde va.
BEATRIZ. Segun dijo pronto vuelve.
MARG. Pues ponte al balcon al punto,
porque de mí no sospeche.
BEATRIZ. Mas, señora...
MARG. Y si entre tanto
que está fuera, el otro viene,
avísame en el momento.
BEATRIZ. Pero...
MARG. Y dile que se espere.
(*Éntrase Margarita, dejando á Beatriz de repente. Esta la mira hasta que la pierde de vista, y despues de silencio dice y se va.*)
BEATRIZ. Pues señor, si entiendo jota
que los demonios me lleven. (*Vase.*)

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ, que entra por la puerta del fondo.

¡Eh! ya estamos en campaña.
Á la puerta está el mancebo,
aqui la enredan de nuevo,
y Santiago cierra España.
No, pues de esta ya es en vano
que yo tercie pretender;
si me llega á sorprender
don Pedro, canto de plano.
(*Llama á la puerta del gabinete de Margarita.*)
¿Señora?

ESCENA II.

BEATRIZ. MARGARITA.

BEATRIZ. A la puerta está.
MARG. ¿Peralta?
BEATRIZ. El otro.
MARG. ¿Y le has dicho...
BEATRIZ. Todo, mas tiene capricho
por veros y...
MARG. No será.
¿Está Juan con el caballo
prevenido?
BEATRIZ. Junto al puente.
MARG. Pues si no corre prudente

remedio á su mal no hallo.
Dile que se salve, que huya,
que le juro por mi vida...

BEATRIZ. Señora, segun la olvida
poco espera de la suya.

MARG. ¡Cómo!

BEATRIZ. El son de los caballos
se oye en el pueblo.

MARG. ¿Y aun tarda?

BEATRIZ. Del rey de Navarra aguarda,
si no le hablais, los vasallos.

MARG. ¡Oh qué afan! por el balcon
á despedirle saldré.

BEATRIZ. Es ya muy tarde.

MARG. ¿Por qué?

BEATRIZ. Se vienen de peloton
los ginetes por la calle.

MARG. ¿Darán con él?

BEATRIZ. ¿Quién lo duda?

MARG. Pues abre, y que Dios le acuda.

BEATRIZ. Le hallará Perez.

MARG. Que le halle.

ESCENA III.

MARGARITA.

¡Santo Dios! Si han decretado
su muerte vuestros enojos,
que no le vean mis ojos
morir tan desventurado.
Matadle lejos de mí
si es tan culpable, Señor,
ó va á hacer vuestro furor
hoy dos víctimas aqui.

ESCENA IV.

DON CARLOS. MARGARITA.

MARG. ¡Huid los del rey, por Dios!

D. CARL. Tan de cerca me seguian,
que en las manos me tenian
si no me ampararais vos.

MARG. ¿Por qué no habeis del lugar
salido?

D. CARL. Imposible fue;
por cuantas calles eché
fuí con soldados á dar.

MARG. ¿Con que estais cercado aqui?

D. CARL. Sí, de noche, abandonado,
como tienen acosado
en un monte á un jabalí.

MARG. ¿Y no hay medio?

D. CARL. No, ninguno.

MARG. ¿Ni es posible concluir...

D. CARL. Nada, y á poder morir
hallara remedio alguno.
Margarita, si quisieran
mi suerte y mi vida sola,
alma me alienta española,
dos veces no la pidieran.
Mas todos esos valientes
que rebeldes son al rey,
fueran de la misma ley
las víctimas inocentes.
No, imposible transigir;
he jurado á esa ciudad
volverla su libertad,
y lo tengo de cumplir.

MARG. ¿Y teneis pensado...

D. CARL. Nada:
¿ni cómo pude pensar
¡ay de mí! sino en salvar
esta vida desdichada?

ESCENA V.

Vuelve BEATRIZ *con el manto y basquiña que en el acto segundo la puso* MARGARITA, *y con el que salió de la escena.*

BEATRIZ. Esto vuelvo al gabinete,
que todo lo anda Peralta;
y si nota que aqui falta
y á mi aposento arremete,
lo encuentra y cae en la trama,
¡Dios nos asista!
MARG. ¿Qué es?
BEATRIZ. Vuestro manto...
MARG. Pronto pues
tíralo sobre la cama,
y corre, vuelve al balcon
y avisa al venir Peralta.
BEATRIZ. (O mucha precaucion falta,
ó sobra mucha razon.)

ESCENA VI.

MARGARITA. DON CARLOS.

MARG. Don Carlos, para salvaros
de tan inminente apuro
no hay mas que un medio.
D. CARL. ¿Seguro?
MARG. Único.
D. CARL. ¿Cuál?
MARG. Ocultaros.
Partimos dentro de un hora
Peralta y yo; en esta casa
podeis quedar mientras pasa
la turba perseguidora.—
Los del rey se partirán
con el alba, y en tal caso
pensad, don Carlos, que á un paso
los de Barcelona estan.

D. CARL. Margarita, cosa alguna
no es ya posible emprender
que no venga á entorpecer
mi desdichada fortuna.

MARG. Pues fiar en mi marido
tampoco es posible ya,
segun por ambos está
irritado y ofendido.
Mas decid, en conclusion
con el bando agramontés,
si dais, ¿tan dificil es
obtener vuestro perdon?

D. CARL. Mirad, Margarita, bien (*Con melancolía.*)
mi rostro por un instante,
que muestras en mi semblante
habrá que respuesta os den.

MARG. No os entiendo.

D. CARL. ¿Os olvidais
que en una torre encerrado,
á alimentarme forzado
comí su pan?

MARG. Me aterrais.

D. CARL. ¿Aun no me entendeis?

MARG. ¡No atino...

D. CARL. ¿No habeis oido decir
que el pan que ayuda á morir
corta á la vida el camino?

MARG. ¡Cómo!

D. CARL. ¿Nunca oísteis vos
que fue de muchos la vida
sentenciada en la comida?

MARG. Un veneno... ¡Santo Dios!

D. CARL. Siento en mi sangre su huella,
y aunque el fin no consiguieron,
los traidores me le dieron
en la prision de Morella.

MARG. Mas...

D. CARL. No acuso á nadie, no;
al brindarme la bebida
la mano quedó escondida,

no he de descubrirla yo.
Y pues aun vivo, y su intento
el que fue no satisfizo,
sé que quien el mal me hizo,
si le dejan me hará ciento.

MARG. Don Carlos, hora menguada
al nacer os ha acudido
cuando allí no le ha cosido
contra el muro vuestra espada.

D. CARL. Hay, Margarita, ocasion
en que con razon bastante
hay que tener por delante
no acero, sino razon.

MARG. No sé cómo lo entendeis,
porque en tan estremo caso
morís si traeis el vaso,
no bebo sino bebeis.

D. CARL. Yo le apuré todo entero, (*Con amargura.*)
y si otra vez me le enviaran,
vacío se le llevaran,
mas otro beber no quiero.
Poner el mar he pensado
por eso entre ambos á dos,
que me pesara por Dios
volver á lo comenzado.

MARG. Dirán que no habeis podido
con la prez de vuestro nombre.

D. CARL. Diga lo que quiera el hombre
como Dios fuere servido.

MARG. ¿Y la gloria...?

D. CARL. (*Con resolucion.*) ¡Eh! ¡ilusion vana!
conozco mi obligacion,
y sé que tengo razon.

MARG. ¿Para callar?

D. CARL. Soberana.
Harto, Margarita, os dije;
entre infeliz y malvado
que me llamen desdichado
es lo que menos me aflige.
Basta ya de rebeldía,

y aunque me den la razon
no harán que en necia ocasion
confiese que la tenia.
Y dejémoslo, señora,
que penseis lo que querais,
me basta que lo sepais
vos sola en el mundo ahora.

MARG. Maldita fue vuestra estrella, (*Con tristeza.*)
don Carlos, desde el nacer.

D. CARL. De sangre hice ya correr
hartos arroyos por ella.
¿Mas llorais?

MARG. ¿No he de llorar,
señor, tanta desventura?

D. CARL. No se puede mi amargura
con lágrimas aliviar.
No pudo nunca un amigo
consolarla ó dividirla.

MARG. Pues si no podeis partirla,
(*Con entusiasmo.*)
podeis llevarla conmigo.
Yo, don Carlos, os amé
con amor tan soberano,
que si nacierais mi hermano,
si os quisiera mas no sé.
Y á la faz del mundo entero
puedo este amor confesar,
sin que le hayan de tachar
de liviano ni altanero.
Por mucho que os suponian
mal hijo, inquieto y traidor,
siempre atrevido mi amor
les contestó que mentian.
Por mas que vuestra mision
de desventura haya sido,
siempre por vos he tenido
cariño en el corazon.
Sí, y pues arrostré quizás
en mi honor una sospecha,
la vereda es muy estrecha

para que me vuelva atras.
Mi esperanza es bien escasa,
pero debe ya ser una
para entrambos la fortuna;
quedad, señor, en mi casa.
Aqui os habeis de salvar,
ó aqui habemos de morir,
que mejor es sucumbir
que humillarse á suplicar.

D. CARL. ¡Margarita!

MARG. Sí, yo soy,
sino de reinos señora,
una muger que os adora
y os salva, ó perece hoy.

ESCENA VII.

DICHOS. BEATRIZ.

BEATRIZ. ¡Don Pedro!

MARG. Ocultaos pues.

D. CARL. Mas...

MARG. Callad, y entrar ahora.
Si partimos con la aurora
no habeis peligro despues;
si no, desde aqui escuchad,
y segun la situacion
á vuestro ingenio y razon
en todo caso apelad.
Cierro aqui, y quito la llave.

(*Cierra, y al volverse ve á Peralta, que la ha visto quitar la llave de la puerta.*)

(Peralta.)

ESCENA VIII.

MARGARITA. DON PEDRO.

D. PEDRO. (Ya le encontré.)
Secreto será muy grave, (*Con ironía.*)

pues lo guardas.

MARG. Bien se ve.

D. PEDRO. ¡Si yo lo acierto...!

MARG. ¿Quién sabe?

D. PEDRO. Acabemos, Margarita,
quiero ver quién está aqui.

MARG. Sí por Dios: ¿quién os lo quita?
mas ved que es una visita
que vino solo por mí.

D. PEDRO. Abrid pues.

MARG. ¡Oh, no! esperad,
que á quien aqui tengo oculto
le echásteis sin caridad
de vuestra casa.

D. PEDRO. Acabad.

MARG. Le vais á hacer otro insulto.

D. PEDRO. Despachemos, vive Dios,
aqui os mato ambos á dos,
ó á ese hombre la puerta abrís.

MARG. ¡Un hombre!

D. PEDRO. El galan.

MARG. Mentís.

D. PEDRO. ¿Aun negais?

MARG. ¿Aun porfiais vos?
¡Necio estais! venid acá.

(*Le toma de la mano, le aparta, y dice con aire de triunfo.*)

¡No acertais quién puede ser!

D. PEDRO. Sea quien quiera, lo dirá.

MARG. ¿Olvidaste la muger
que hallé con vos? ¡aqui está!
(*Señalando al gabinete.*)

D. PEDRO. Es una farsa, señora,
es una infame impostura
que vos inventais ahora.

MARG. Os disculpais en mal hora,
aqui está, y está segura.

D. PEDRO. De cólera pierdo el tino:
¡abrid aqui, ó voto á tal...!

MARG. Vuestra vergüenza imagino,

mas con techo de cristal
no tireis al del vecino;
todo por cierto lo doy;
tengo por mi buena estrella
un galan, en eso estoy,
mas, Perez, con él me voy
mientras os quedais con ella.

D. PEDRO. Abrid esa puerta pues;
mi dama ó vuestro galan,
veamos pronto quién es.

MARG. Es inútil vuestro afan,
que lo he pensado al reves.
Y contened el furor
con que osado me amagais,
que es mi parte la mejor.
La dama está aqui, señor,
ved si el galan me encontrais.

D. PEDRO. No sé cómo me contengo;
pues confesais que es asi,
obedecedme.

MARG. Convengo;
mas la misma queja tengo
yo de vos, que vos de mí.
Y si por tino ó azar
vuestra dama supe hallar
y no hallais mi galan vos,
no hago mas que atestiguar
que he sabido mas que vos.

D. PEDRO. Mirad si quereis abrir,
ó á la fuerza he de apelar.

MARG. Inútil es insistir.

D. PEDRO. Aprestaos á morir
como le llegue á encontrar.
(*Va á forzar la cerradura con la daga.*)

ESCENA IX.

DICHOS. BEATRIZ.

BEATRIZ. Señor, señor.

D. PEDRO. (*Con ira.*) ¿Qué quereis?
BEATRIZ. Que á tirar las puertas van.
D. PEDRO. ¿Loca estais?
BEATRIZ. Ved lo que haceis.
MARG. ¿Mas quiénes son?
BEATRIZ. ¿No los veis?
D. PEDRO. ¡Los rebeldes!
BEATRIZ. Aqui estan.

ESCENA X.

DICHOS. DON JUAN. NOGUERAS. SOLDADOS.

D. JUAN. Aqui hay un rebelde; ó dadle, ó la casa
registro, y ¡ay de ellos si ese hombre está aqui!
MARG. (Nos trae desventuras la suerte sin tasa.)
D. PED. (¡El mundo está todo por Dios contra mí!)
(*A don Juan.*)
Quien quiera que fuereis, sino contemplara
que do habeis entrado sin duda ignorais,
por Cristo bendito que yo os contestara
con lengua de acero. (*Mano á la daga.*)
D. JUAN. ¿Qué es eso, amagais?
D. PED. No, pues que parece pecais de ignorante
y á fuer de obediente vasallo venís,
mas ved si la casa dejais al instante,
que el rey está en ella.
D. JUAN. (¿El rey?)
D. PED. ¿No me vió?
D. JUAN. Hidalgo, ¿estais loco? ¿pensais que el rey sea
el hombre á quien necio ó traidor escondeis?
(*A la gente.*)
No quede rincon que no se ande y se vea.
MARG. (¡Dios mio, ayudadnos!)
D. PED. ¡Teneos!
D. JUAN. ¿Qué haceis?
D. PED. Yo soy caballero. Don Pedro Peralta.
(*Con brío.*)
He traido á este pueblo del rey comision,
y busco á ese mismo rebelde que os falta,

del rey en el nombre don Juan de Aragon.

D. JUAN. Que aqui entró un rebelde, lo he visto, os lo juro.
(*Con desprecio.*)
Que vos sois Peralta lo veo tambien;
mas si hallo á ese hombre que os ahorco es seguro.

D. PED. ¿Vos?

D. JUAN. Yo.

D. PED. ¡Voto á Cristo!

D. JUAN. Callad y vais bien.

D. PED. ¿Que soy olvidásteis del rey secretario,
de Lérida alcalde, su amigo mas fiel?

D. JUAN. Yo nada os he dicho, Peralta, en contrario;
mas obro en su nombre... pensad que soy él.

D. PED. Pues yo no os conozco, ni sé vuestro cargo,
y á mí sus despachos él mismo me dió.

D. JUAN. Repito, Peralta, y silencio os encargo,
que el rey de Navarra en su ausencia soy yo;
mandad que á esa gente las llaves entreguen.
(*A ellos.*)
No quede escondrijo ni cuarto por ver.
(*A Peralta.*)
Y no hayais recele que á un átomo llegue,
que ya tienen todos lo que han menester.

D. PED. Estoy que no veo. Pedazos le hiciera
si en falso su fuero llegara á encontrar;
aqui estan las llaves.

(*Peralta las toma de Beatriz, don Juan de don Pedro, y don Juan las alarga á Nogueras, que va por el interior de la casa á registrarla con toda la gente que entró con ambos.*)

D. JUAN. Mirad lo de afuera;
(*A Peralta y Margarita.*)
á mí estos salones me pueden mostrar.

ESCENA XI.

DON JUAN. DON PEDRO. MARGARITA.

D. PED. Del rey me habeis dicho venís en el nombre;
no haré resistencia, conmigo venid.

D. JUAN. (*Mirando á Margarita.*)
(¿Será la muchacha muger de este hombre?)
MARG. (¡Dios mio, acudidme!)
D. JUAN. (¡Muy bella!) (*A Peral.*) Decid.
¿Esta es vuestra esposa?
D. PED. (*Amostazado.*) Mi esposa.
D. JUAN. ¡Es muy bella!
D. PED. ¿Tambien conocéisla por suerte?
D. JUAN. No á fé;
mas há muchas veces he oido hablar de ella,
y que era escesiva su fama pensé.
Mas ya que la he visto, Peralta, os confieso
que es mas que su fama su rara beldad.
D. PED. Lo dicen. (Me abraso.)
MARG. Dejaos ya de eso,
señor caballero.
D. JUAN. (¡Muy linda en verdad!)
¿Ha visto la corte?
D. PED. Vivió algunos años
en ella.
D. JUAN. Jurara que nunca la vi.
D. PED. ¿Sois pues de la corte?
D. JUAN. De intrigas y amaños
escuela, me cansa aunque noble nací.
Conózcola empero, pues siendo soldado
estoy muchas veces muy cerca del rey;
ya veis, centinela en palacio apostado
las damas mirando entretengo la ley.
D. PED. Pasemos, si os place.—Ese es mi aposento,
y en él hasta el lecho podeis registrar.
(*Don Pedro le dirige hácia su cuarto. Don Juan observa á Margarita.*)
D. JUAN. (Pues es la Peralta de gracia un portento.)
MARG. (¡Me juzga tan bella...! no lo he de olvidar,
haré á mi hermosura tercero... probemos.)
¿Podré, caballero...
D. JUAN. ¿Yo os puedo servir?
MARG. Sí; pues que por noble os dais y os tenemos,
con vos un secreto quisiera partir.
D. PED. (¡No sé como á raya tendré la paciencia!)

D. JUAN. Hablad, que os escucho.

MARG. ¡Empacho me da!

(*Le lleva hácia la puerta donde está don Cárlos, de modo que se conozca la intencion de que oiga.*)

D. JUAN. ¿Son cosas...

MARG. De casa, atended.

D. JUAN. ¡Qué inocencia!

MARG. Nosotros, casados há tiempo y por...

D. JUAN. ¡Ya!
entiendo, adelante.

MARG. Trabamos ahora...

D. JUAN. ¿Alguna reyerta de amor conyugal?

MARG. Preciso; en mi cuarto cerré á la traidora
porque él no la viese.

D. JUAN. ¿Y lo sabe?

MARG. ¡Cabal!
Muger ofendida, y teniendo la prueba
que da á mis recelos derecho y razon,
si sois caballero dejadme que os deba
tan solo una gracia.

D. JUAN. Será obligacion.

MARG. (*Con intencion.*)
Ya veis que un rebelde no es una manceba,
cuidemos su fama, que tiene opinion;
quisiera tan solo saber quién me lleva
de Pedro el cariño.

D. JUAN. Y es buena ocasion.
Mas vine, señora, tras un enemigo;
en ese aposento jurais que no está.

MARG. No es mas que una dama; de cierto os lo digo.

D. JUAN. ¿A cuartos de adentro por este se va?

MARG. No hay mas aposento que sala y alcoba;
no hay mas escondrijo que aquella muger;
cortina, ni puerta, luz, ni vista roba,
y entre ellas ni un niño se puede esconder.

D. JUAN. Ireis á la corte.

MARG. Si veo á esa dama
primero que Perez.

D. JUAN. Prometo que sí.

MARG. (Dios quiera que me oiga y apoye la trama.)

D. PED. (¡Oh! pues pese á entrambos, no sale de aqui.)
D. JUAN. Abrid y veamos.
D. PED. (*Con curiosidad.*) (Cualquiera que fuere,
muger la descubro, galan doy con él.)
MARG. (Si ha oido se salva, sino por mí muere.
Señor, amparadnos en trance tan cruel.)
(*Abre Margarita. Don Juan se da por satisfecho. Don Pedro queda como asombrado.*)
¿La veis?
D. JUAN. Es la dama.
MARG. Sentóse corrida
la faz encubriendo.
D. PED. (Y ella por Dios.)
MARG. (Pendian de un hilo su vida y mi vida.)
D. JUAN. Estoy satisfecho.
MARG. (*A don Pedro.*) ¿Lo estais tambien vos?
D. PED. Del todo.
D. JUAN. (¡Pobre hombre!)
D. PED. (Si sueño, no acierto;
mas queda en mis manos, y voto á la luz
que en ellas espira, ó sabemos de cierto
si el velo que lleva es mantilla ó capuz.)

ESCENA XII.

DICHOS. Los del rey, que vuelven con NOGUERAS.

D. JUAN. ¿Le habeis encontrado?
NOG. Milagro parece
que en torno cercado pudiera escapar.
(*A don Juan, bajo.*)
Mas ved que el peligro y el tiempo huye y crece.
D. JUAN. (*A Nogueras.*)
¿Y ahora...?
NOG. Yo quedo por vos á velar.
D. JUAN. Partamos. Peralta, tal vez y muy presto
vendrán los rebeldes á veros.
D. PED. Lo sé.
D. JUAN. ¿Y vais?
D. PED. A quedarme guardando mi puesto

al rey obediente.

D. JUAN. Mirad...

D. PED. Lo miré.

D. JUAN. El rey sabrá luego que honor nunca os falta.

D. PED. Si no lo ha olvidado lo sabe bien ya.
Decirle, si os place, que aquí está Peralta
leal todavía, y leal morirá.

D. JUAN. Holgará en saberlo y oidme. (Entre tanto
que baja conmigo podrá su muger
ganarle el secreto; el hombre es un santo
en esto de amores.) (*Vanse todos.*)

ESCENA XIII.

MARGARITA. Despues DON CARLOS.

MARG. No sé lo que hacer.
¿Don Carlos?

D. CARL. Dejadme que salga, señora;
pues esa es mi estrella, dejadme morir.

MARG. Sois salvo.

D. CARL. ¿Y Peralta?

MARG. En salvaros ahora
de grado ó por fuerza le haré consentir.

D. CAR. Mas ved...

MARG. No hay porfia: ¿oís desde adentro?

D. CAR. Pues me he disfrazado, ya veis que os oí;
mas de ese soldado quisiera el encuentro
poder escusarme.

MARG. Fiaos de mí,
que le he conocido: sé cuánto os importa
y cuánto os detesta, mas no os hallará.

D. CAR. En esa esperanza...

MARG. Tal vez es muy corta.
(*Sintiendo á don Pedro, cierra.*)

ESCENA XIV.

DON PEDRO, cerrando las puertas, vase hácia MARGARITA, que se queda de espaldas á la puerta de su gabinete.

D. PED. (Galan, dama ó duende de aqui no saldrá.)
Los lances de esta noche, Margarita,
no comprendo, mas de uno ú otro modo
de mi incógnito amor y vuestra cita
ver quiero el fin y comprenderlo todo.
Cerrada en vuestro cuarto está mi dama
decís, y el galan vuestro no parece;
va en descubrir á entrambos nuestra fama,
y el tiempo corre y el peligro crece.
Elegid: ó prudente y advertida
de ese aposento me franqueais la puerta
y doy sin dilacion con la escondida,
ó por lo del galan os dejo muerta.

MARG. Ved, Peralta...

D. PED. Razones abreviemos;
yo soy el ofensor, vos la ofendida,
quiero satisfaceros; olvidemos
vuestro galan y venga mi escondida.

MARG. Pues primero entended.

D. PED. No entiendo nada;
venga vuestro galan ó mi tapada.

MARG. Si antes no oís lo que deciros tengo,
Peralta, no entrareis.

D. PED. Nada os escucho;
la dama ó el galan, porque os prevengo
que el mio y vuestro honor me importan mucho.
(*Va á la puerta.*)

MARG. Teneos.

D. PED. Apartad.

MARG. Oid primero.

D. PED. ¡Fuera, ó por Dios...!

ESCENA XV.

DON PEDRO. DON CARLOS, saliendo. MARGARITA.

D. CAR. ¡Teneos, caballero!
D. PED. Al fin salisteis, rondador de calles,
mas falta vuestra cómplice.
D. CAR. Soy solo
con mi desdicha yo.
D. PED. ¿Solo habeis dicho?
D. CAR. Nadie conmigo está.
D. PED. ¿Con que era un dolo?
¡Con que sois á la par, viven los cielos,
enemigo del rey y del estado
y objeto aborrecible de mis zelos!
D. CAR. No soy mas que un desdichado.
D. PED. ¡Desdichado...! Un traidor.
D. CAR. ¡Tened la lengua!
D. PED. ¡Oh! mirando la cuna en que he nacidò,
entregaros al rey tengo por mengua
cuando en mi propia casa os he cogido.
D. CAR. En hacerlo tardais.
D. PED. ¿Eso os contenta?
¿temeis mas mi furor que su justicia,
vil acusador de mi baldon y afrenta?
mas calculásteis mal; que yo me obligo
al galan y al rebelde dar castigo.
D. CAR. De una vez concluyamos, caballero;
ni soy lo que pensais, ni mancha alguna
temais en vuestro honor, porque prefiero
á las manos morir de mi fortuna.
Huí una noche por desdicha mia
de una torre en que estaba allá en Pamplona;
la ambicion y la envidia me tenia,
y pensé refugiarme en Barcelona.
Por los del rey de cerca perseguido
me acogí á este lugar á la aventura;
no delincuente, desdichado he sido,
y el cáliz apuro de la amargura.

Entregadme... yo soy el que buscaban,
mas perdonadme si mi nombre os velo;
que esos que ha poco de salir acaban,
mi cómplice os harán si os lo revelo.

D. PED. ¿Quién sois pues?

D. CAR. Un proscripto, aunque inocente.
Mas tal vez mi cabeza está tasada.
Y si os digo mi nombre, va esa gente
á suponer que la teneis comprada.

D. PED. Entiendo vuestra sórdida impostura,
mas yo no os pido por rebelde cuenta
ni indago vuestra dicha ó desventura;
quiero vengar en vos mi torpe afrenta.
Escondido en mi casa os he encontrado;
os vi de ella salir con Margarita,
y pues no entiendo bien lo que ha pasado,
esplicacion ó sangre necesita.

MARG. Yo os la daré, Peralta.

D. PED. Pues sed breve.
¿Sabeis quién es ese hombre?

MARG. Sí por cierto;
ese es un hombre á quien Peralta debe
á manos del verdugo no haber muerto.

D. PED. ¡Mentís!

MARG. ¡No, vive Dios! á él solamente
debes esposa, libertad y vida...
ahora si quieres llamaré á esa gente
y serás ante Dios un parricida.

D. PED. No alcanzo...

MARG. Lo adivino. ¿Has olvidado
cuando en bandas la corte desgarrada
en prenda estaba del combate osado
en la plaza la horca levantada?
¿cuando víctimas daban á porfía
la sed de honores, la ambicion de mando?
¿y un triunfo pregonaban cada dia
la cabeza del uno y otro bando?
En un oscuro calabozo distes,
Peralta, y á morir te condenaron;
de salvacion y fuga desististes,

y por muerto los tuyos te lloraron.
Te salvaste por fin ; ¿ pero no sabes
quién burló entonces de la ley el fallo?
pues él rompió de tu prision las llaves,
(*Señala á don Carlos.*)
y él fue quien para huir te dió el caballo.

D. PED. Su nombre.

MARG. De rodillas has de oirle
si á conocer tu bienhechor te avienes,
y apróntate, Peralta, á bendecirle,
que le debes la vida y cuanto tienes.
Él acogió mi juventud perdida,
él fue mi hermano, mi tutor, mi amigo,
y por él en la corte protegida
me dió fortuna y me casó contigo.
Ese fue quien de humilde é indigente
me igualó generoso con su hermana.

D. PED. ¡Su nombre, por piedad!

MARG. La ingrata frente
pon á los pies del príncipe de Viana.

(*Don Carlos se desemboza; don Pedro queda en sombrío y siniestro silencio. Margarita con aire triunfador.*)

D. CAR. Yo soy, Peralta, ese hombre desdichado,
ludibrio del furor de la fortuna.
Vedlo, don Pedro, bien: noble y soldado
mi esperanza está en vos si aun tengo alguna.

MARG. ¿Qué haces, Peralta?

D. PED. Lloro, Margarita.

D. CAR. ¿Tanto me habeis, Peralta, aborrecido?

D. PED. En esta noche, para mí maldita,
me alegrara, señor, no haber nacido.

MARG. ¿Dudas?

D. PED. El mismo rey aqui me puso
para prenderos y entregaros luego:
si os salvo, amigo, de traidor me acuso,
y apuro mi deshonra si os entrego.
Entre infamia y traicion... ¿qué mas hablaros?
Nacidos los Peraltas caballeros,
caballero y leal debo salvaros,

vasallo de mi rey debo venderos.

MARG. Dí, y ese rey cuando señor te halles
del secreto de que él mató al de Viana,
mal padre y peor rey, para que calles
¿no te ahorcará por precaucion mañana?

D. PED. ¿Eso en un rey á suponer te atreves?

MARG. Sí; cuando tú cumpliendo como bueno
dado á prision al príncipe le lleves,
él doblará la dósis del veneno.

D. PED. ¡Margarita!

MARG. Le lleva en sus entrañas.
Sálvale ó dale. ¿De temor objeto
piensas que vivas? Pagareis, te engañas,
él la cuna real y tú el secreto.

D. PED. ¡Margarita! (*Con ira.*)

MARG. Con risa cortesana
te jurará traidor que le perdona,
pero al morir aprenderás mañana
que valió mas que el hijo la corona.
¡Pero llorais! ¡perdon! (*Al príncipe.*)

D. CAR. ¡Era mi padre!
Yo todo por la paz le he prometido,
ir desterrado donde mas le cuadre,
cederle liberal cuanto he tenido.
Proscripto de mi patria, desterrado, (*Llora.*)
no exigia yo mas de su corona
que el honor y la paz del principado,
el fuero y libertad de Barcelona.

MARG. (*Con entusiasmo.*)
No, ser no puede criminal quien ama
sus pueblos y su honor mas que su vida:
mira, Peralta, *llanto no derrama*
al nombrar á su padre un parricida.

D. CAR. ¡Parricida! por cierto que mintieron:
Cataluña y Navarra ¿no le enviaron
embajadores que por mí le hicieron
reconocer cuán torpes le engañaron?
¿No me dieron sus tronos algun dia
Nápoles, la Sicilia y la Cerdeña,
y por el mar la tentacion no huía

de respeto filial en firme seña?
¡Ah! todo lo tenté, vine á postrarme
con toda la humildad de los vencidos,
y abrió en vez de los brazos á estrecharme
á la ambicion de Francia los oidos.
Ciego ya por mezquinos intereses
mi humillacion y lágrimas pospone
á los condes de Fox, al fin franceses...
Bien, suyo soy, ¡que mate ó que perdone!
(*A don Pedro.*)
Libre de vuestro empeño estais conmigo;
no es tarde aun, abrid esa ventana
y entregad sin temor al enemigo
al desdichado príncipe de Viana.

MARG. ¡Perez!

D. PED. Señor, que me arranqueis prefiero
la vida, á ser traidor.

D. CAR. ¡Dadles la mia!

D. PED. ¡La mia, vive Dios, daré primero!

MARG. (*Escuchando.*)
Silencio... una esperanza hay todavía.
(*Hace al principe que entre otra vez en su gabinete.*)
Que no os vean... entrad.

D. CAR. (*Entrando.*) ¡Aun mas, señora!

MARG. No respireis siquiera. (*A Peralta.*)
¡Abrid la puerta!

D. PED. Margarita, ¿qué hacer...?

MARG. (*Abriendo.*) Callar ahora.
(Estoy de miedo y de esperanza muerta.)

ESCENA XVI.

DICHOS. GARCERÁN, como salió de la escena en el acto primero, con botas y espuelas, cubierto de lodo y sudor, y en el mas completo desorden.

GARC. Señor, salvaos; los rebeldes llegan.

D. PED. ¡Esto mas!

GARC. Por la sombra protegido
la puerta del jardin les he ganado,

y á morir ó salvaros he venido
MARG. ¡Dios santo!
D. PED. Garcerán, tarde has llegado.
GARC. Yo os salvaré, venid.

ESCENA XVII.

Cuando GARCERÁN *va á salír llegan* DON JUAN *con* RANGEL *y dos ó tres de los suyos.*

D. JUAN. (*A Rangel.*) (¡Y hay si has mentido!)
Aqui está el rebelde, ó dádmele al punto,
ó cierro la casa y la mando quemar;
si alguno resiste dejadle difunto;
morir ó entregarle, poco hay que dudar.
D. PED. ¿Y quién amenaza con muerte y con fuego
mi casa?
D. JUAN Quien puede.
D. PED. ¿Quien puede sois vos?
D. JUAN. Peralta, no vale la fuerza ó el ruego,
ó dais el rebelde ú os quemo á los dos.
D. PED. ¿Y habiendo ese encargo yo aqui del rey mismo
pensais que al monarca sirviera tan mal?
D. JUAN. El rey satisfecho de tal patriotismo
os ha revelado del cargo rëal.
Y en fin, en mis manos por suerte ha caido,
pues dió en Villafranca conmigo al huir.
El rey en secreto prenderle ha querido,
y al rey en secreto conmigo ha de ir.
D. PED. ¡No irá, voto á Cristo!
D. JUAN. ¿No irá? y con mi gente
vos mismo á Pamplona comigo vendreis.
El rey os lo manda.
D. PED. Y al rey frente á frente
cuando él me pregunte...
D. JUAN. Le respondereis;
y estoy ya cansado, Peralta; acabemos,
¿me dais ese hombre?
MARG. Buscadle, señor;
franquearos la casa lo mas es que haremos;

de no contentaros mirad lo mejor.

D. JUAN. Sois bella, señora, cual sois de taimada,
me habeis engañado con harto doblez.

MARG. Tan solo esta sola no fue registrada.

D. JUAN. No quedará nada por ver esta vez.

(*Don Juan entra en el aposento con Nogueras. Rangel y los soldados del rey se quedan en la escena. Margarita cerca de la puerta por donde entró don Juan. Peralta indeciso entre colérico y avergonzado: en esta situacion se oyen por fuera gritos y clarines, ruido de armas y caballos, y algunos arcabuzazos allá á lo lejos.*)

RANGEL. ¿Qué es esto?

UN SOLDADO. (*Asomándose á la ventana.*)
Tomemos pies.
Los rebeldes.

(*Margarita corre el cerrojo á la puerta del cuarto donde entró don Juan.*)

MARG. (Por si acaso.)

(*Pasa al lado opuesto donde está don Carlos.*)

ESCENA XVIII.

DICHOS. *Soldados de los insurgentes de Barcelona, rebeldes de todos puntos de Cataluña &c.* MARGARITA *delante de la puerta donde está* DON CARLOS. DON PEDRO, *con la espada en la mano.*

EL GEFE. Al primero que dé un paso
le divido de un revés.
¡Hola, aqui hay agramonteses!
Atadlos bien por los codos,
y que los guarden con todos
nuestros bravos montañeses.
Señores, darse á prision,
ó venirse con nosotros.
(*A don Pedro.*)
Sois hombre de condicion.
Abajo hay algunos potros;
montad el que os diere gana,
y Barcelona os abona.

MARG. (*Abriendo el cuarto donde está el príncipe.*)
De rodillas Barcelona
ante el príncipe de Viana.

ESCENA XIX.

DICHOS. EL PRÍNCIPE.

D. CARL. Insensatos, ¿qué intentais?
REBELDE. Libraros.
D. CARL. ¿De quién?
REBELDE. Del rey.
D. CARL. ¿Y asi las leyes?
REBELDE. No hay ley,
señor, donde vos no estais.
Barcelona, esa ciudad
de su príncipe dolida,
al rey pide vuestra vida,
y con vos su libertad.
¡Viva el príncipe de Viana!
TODOS. (*Fuera y dentro.*)
¡Viva!
REBELDE. ¡Viva Barcelona!
TODOS. (*Idem.*)
¡Viva!
D. CARL. Vuestro intento abona
esa rebelion insana.
REBELDE. Señor, Cataluña entera
no quiere mas que con vos
la ley suprema de Dios
y la libertad primera.
D. CARL. Vamos pues á esa ciudad,
y si mi padre se aviene,
mañana os juro que tiene
Barcelona libertad.
Peralta, venid conmigo.
D. PEDRO. Perdonad; me quedo aquí.
D. CARL. ¿Y el rey?
D. PEDRO. Hidalgo nací,
y á morir leal me obligo.—

Idos, príncipe, con Dios
si estais salvo; ya lo veis,
nada al cabo me debeis,
y aun quedo en deuda con vos.—
Y aunque mi honra está empañada
á cual mas por cada uno,
para no ir contra ninguno
dejaré patria y espada.

MARG. Idos, y el cielo os proteja;
que cuando lejos muramos,
que sois tan feliz sepamos
como España necesita.

D. CARL. Pues si en mejor ocasion
un dia á mi padre veis,
que no pedí le direis
mas que la paz y el perdon.
Que ya dolorido y harto
de guerra y mal tan prolijo,
siendo su heredero y su hijo
á tierra estrangera parto.

MARG. Id.

(*El príncipe los abraza y dice saliendo:*)

D. CARL. Y pues sois tan honrados,
en vuestros males estremos
venid á mí y partiremos
el pan de los desdichados. (*Vase.*)

ESCENA XX.

MARGARITA. DON PEDRO.

MARG. Dios os ayude, señor.—
(*A Perez.*)
Y Dios solo te ha salvado,
Peralta, de haber quedado
por infame ó por traidor.
Y porque ahora la prudencia
mas que nunca es menester,
antes de lo que has de ver
quiero hacerte una advertencia.

Él, de dos reinos señor,
tras del príncipe ha corrido
como si hubiera nacido
berberisco ó salteador.
Porque de asunto tan grave
no caiga sobre él la mengua,
no hay mas que arrancar la lengua
á quien el secreto sabe.
Ahora bien; pues lo sabemos,
el argumento es bien llano.
Peralta, tarde ó temprano
por saberle moriremos.
(*Abre la puerta donde está don Juan y Nogueras.*)

ESCENA XXI y ÚLTIMA.

MARGARITA. DON PEDRO. DON JUAN. NOGUERAS.

MARG. Podeis salir, rey don Juan.
D. PEDRO. ¡El rey...! ¿con que no mentian?
MARG. (*A don Juan.*)
Por el príncipe venian;
le encontraron y se van.
De vos á él le protegimos
y de los suyos á vos;
no podeis, señor, por Dios
decir que traidores fuimos.
D. JUAN. Peralta, yo bien sabia
que hice en vos un buen amigo.
D. PEDRO. No habléis, rey don Juan, conmigo,
porque yo no os conocia.
El que oculto estuvo allí
era el príncipe de Viana;
si vos lo contais mañana,
á él lo debeis, y no á mí.
Y no temais que en la historia
por nuestra audaz villanía
quede, señor, algun dia
de esta noche una memoria.
Que vos mismo habeis venido

tras del hijo que enjendrásteis,
es un secreto que echásteis
con nosotros al olvido.

D. JUAN. Ingrato no me hallareis.

D. PEDRO. Dejadlo estar como está
y partid cuando gusteis,
que nada temer podeis
de los catalanes ya.
Mas me habeis hecho el ultraje
de creerme desleal,
y ya me sentará mal
el rendiros homenage.
Rey don Juan, esa es mi espada.
(*Se la desciñe y la pone en el suelo á sus pies.*)
Para no haceros traicion,
no la llevo á precaucion
ni desnuda ni envainada.

FIN DE LA COMEDIA.

Se hallará en Madrid en las librerias de Escamilla, *calle de Carretas, y de* Cuesta, *frente á las Covachuelas.*